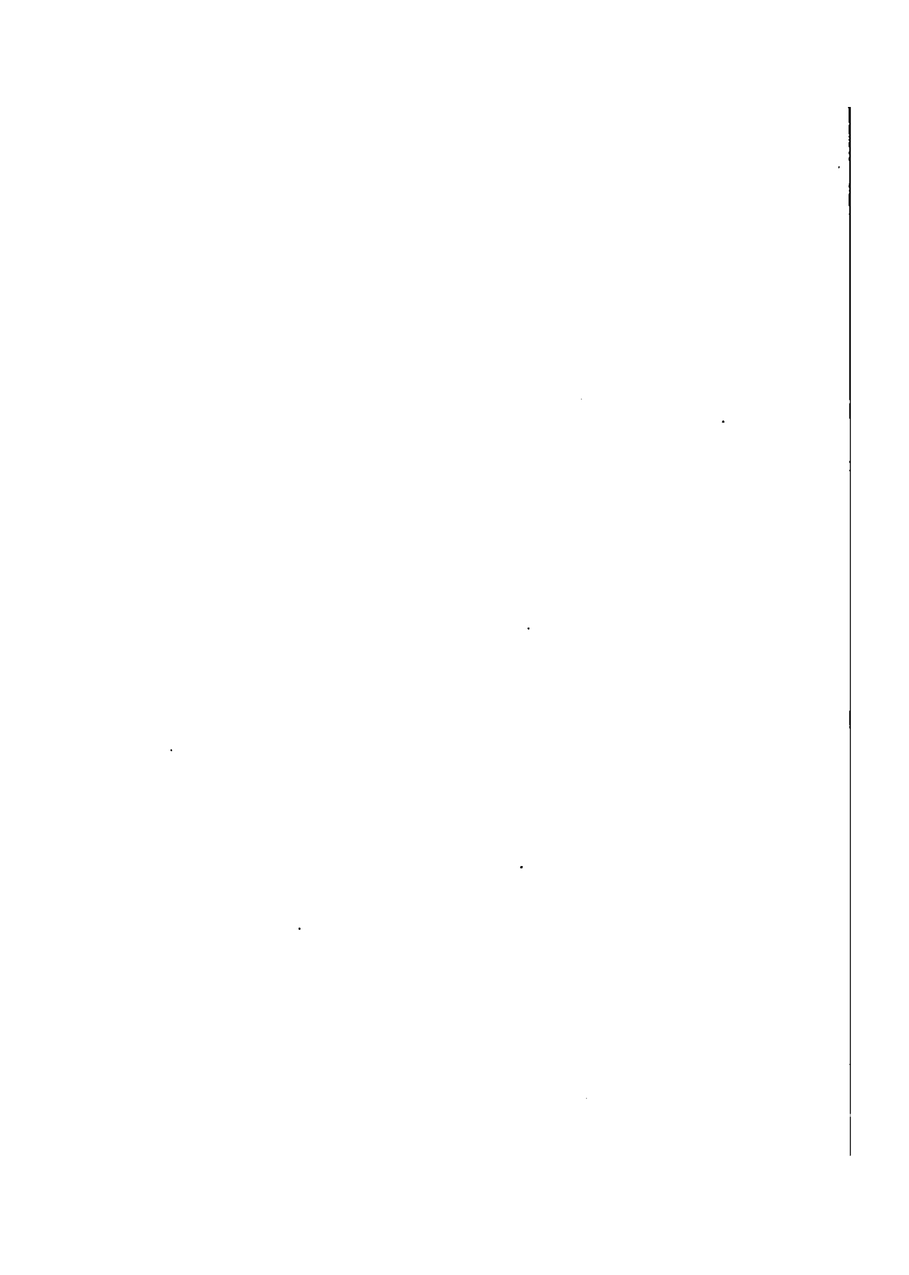

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437041 6

NPU
Pérez



A D. Juan de Dios Peza

Recibid este humilde tributo de mi admiración

J. de Sales Pérez

Caracas: 15 abril 18[illegible]

(Pér...

NPV

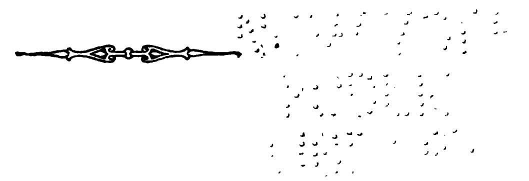
RATOS PERDIDOS.

COLECCION DE ARTICULOS

DE

JUSTO.

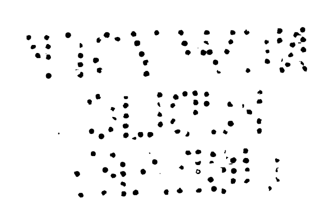
(F. DE SALES PEREZ, hijo.)



CARACAS.

Imprenta de vapor de "La Opinion Nacional."

PLAZA BOLIVAR—1880.



Cándida.

Estos Ratos son tuyos porque te los he robado.

Ojalá me produjeran alguna gloria para compartirla contigo, así como dividimos las penas y afanes de la vida.

PEREZ.

INTRODUCCION.

El inesperado favor que el público ha dispensado á la coleccion de artículos que le ofrecí bajo el título de "Costumbres Venezolanas," me ha dado ánimo para presentarle esta nueva recopilacion de mis "Ratos Perdidos."

Si tienen mérito para conservarse en un libro, lo juzgará el lector.

A mí me habria sido muy fácil hacerlas encomiar por un amigo. ¿Quién no tiene un amigo que le escriba un prólogo? pero me ha ocurrido la siguiente reflexion.

Si mis artículos dan sueño, los elogios del prologuista no despertarán al lector, y si han de divertirle, no hará falta ninguna recomendacion.

Así pues, allá van, contando con la indulgencia del público tan benévolo siempre para conmigo.

Me he decidido sin embargo á insertar aquí el juicio crítico que de mi primera obra hizo un ilustrado literato de Madrid. No se estime esto como un rasgo de vanidad, sino como un tributo de gratitud hácia el célebre escritor que desde las orillas del Manzanares, se dignó ocuparse de este desconocido hijo del Guaire.

No he guardado el órden cronológico en la colocacion de los artículos, pero sí he tenido cuidado de ponerles á todos la fecha en que han sido publicados ó escritos, para que cada época cargue con las censuras que le pertenecen.

F. de Sáles Pérez, hijo.

REVISTA BIBLIOGRAFICA DE VENEZUELA.

—

"COSTUMBES VENEZOLANAS."

—

COLECCION DE ARTÍCULOS

DE

F. de Sáles Pérez, hijo (Justo.)

—

Entre los innumerables que en la redondez de nuestro planeta se dedican á escribir para el público, bien pocos serán los que en el curso de su vida literaria, sobre todo en los comienzos de ella, no hayan intentado, con buen ó mal éxito, una de estas dos cosas: componer versos, ó escribir artículos de cos-

tumbres contemporáneas. Son los puntos vulnerables de toda naturaleza poseida del númen ó dotada de aptitud para comunicar por medio de la palabra sus ideas y sus impresiones. Siente uno ese aguijon en el alma, causa de tantas glorias y generador de tan inmensas desdichas, y le asalta al mismo tiempo una de las mencionadas tentaciones. Pocas veces como en esta ocasion, es aplicable la frase de "son muchos los llamados y pocos los escogidos," y dichoso aquel que comprende á tiempo haber sido llamado en vano.

No es, por cierto, de estos últimos el escritor caraqueño cuyos trabajos caen hoi bajo la accion de mi modesta y poco autorizada crítica. Sus artículos de costumbres,

publicados en los periódicos de su patria y recopilados en el libro que tengo á la vista, acusan talento observador, ingenio y facilidad de expresion: condiciones indispensables para el cultivo de este género literario. Que estas condiciones aparezcan en mayor ó menor grado comparativamente á otros autores que en Venezuela ó fuera de ella se han dedicado á elaborar esta materia, no es, no puede ser cuestion capital en los presentes apuntes. Bastará convencerse de que el señor Sáles Pérez reune condiciones para exhibirse en la escena pública en la forma indicada, y su libro tendrá derecho á que la crítica imparcial lo coloque en el número de los útiles, y señale al mencionado autor entre los discretos en el arte difícil de relacionar

sus obras con sus aptitudes. En los escritos del señor Sáles Pérez, sobresale el sello de la personalidad filosófica del autor, lo cual es en mi sentir, una cualidad muy apreciable. Cuando se escribe tratando de costumbres contemporáneas, es necesario hacer, más ó ménos manifiestamente, la crítica filosófica de esas costumbres. Describirlas sin más objeto ni fin que mostrarlas, tal como se presentan á los ojos del vulgo, no es trabajo digno de encomio: puede hacerlo cualquiera. Los artículos de costumbres han de deleitar instruyendo y han tambien de zaherir para mejorar al que se zahiera; y para llevar á buen fin este propósito, es indispensable que por encima de las dotes de observacion y facul-

tad descriptiva, por encima del ingenio y de la gracia festiva y ligera con que generalmente se distinguen los que á esta clase de trabajos se dedican, aparezca el pensador, el filósofo, el reformador en grado suficiente para dar tinte trascendental ó, cuando ménos, alguna utilidad á la obra. Todos los novelistas de costumbres contemporáneas bien reputados, lo son por tener esta cualidad en grado notable.

Es posible que el señor Sáles Pérez escribiera los artículos que forman su libro sin fijarse gran cosa, ó quizas lo más mínimo, en darles alcance trascendental; cosa que sucede á menudo en esta índole de trabajos, generalmente hechos sin preparacion y destinados á llenar huecos de los periódicos políticos y dar á

estos alguna amenidad. Ello no obstante, queriéndolo ó no, refléjanse en sus palabras decididas tendencias á una crítica elevada. Nótase ó adivínase ante todo, que el señor Sáles Pérez no ha nacido para las luchas políticas. Yo me le figuro un temperamento tranquilo, inclinado á lo práctico y *positivo* de la vida. Sin ser indiferente á los males sociales, apénas habrán llegado á él esas ráfagas luminosas que, ora ciegan, ora alumbran al espíritu ávido de realizar la aspiracion al bien general; aspiracion engendradora de pasiones violentas, invencibles áun para el hombre dotado de mejores facultades. ¡ Dichoso él si así fuere: que infelicidad es, y no poca, en estos tristes tiempos verse arrastrado por el torbellino que envuelve vir-

tud, saber, roba la paz del alma y la placidez del hogar para inmolarlo todo en aras de la ignota divinidad que forma el ideal perseguido por apóstoles y reformadores, en la época de transicion que penosamente atravesamos !

Esta repulsion por las luchas civiles, se manifiesta perfectamente en casi todos los artículos del libro del señor Sáles Pérez, y se muestra por medio de alusiones á los partidos contendientes en Venezuela, y rasgos de ingenio encaminados á ridiculizar el afan de dar noticias, de figurar en los puestos del Estado y vivir á costa del país, que constituyen las partes más salientes de la fisonomía social en los pueblos poseidos de la fiebre política. Apresúrome, sin embargo, á decir que nuestro au-

tor lo hace con mucho tino. Nada más empalagoso que los escritores aficionados á esta clase de crítica, faltos de las condiciones para ello requeridas. Los más, incapaces de elevarse á la comprension y sentido de las grandes pasiones, pintan á los políticos como locos, ambiciosos vulgares, ó perturbadores de oficio, y acaban por ensalzar el escepticismo, el descreimiento hácia todos los sistemas, predicando una concordia imposible y una paz que, de realizarse, sumiria á los pueblos en la inactividad y en el estancamiento de la abyeccion y de la barbarie. El señor Sáles Pérez, en su crítica finísima no pasa los límites de lo racional, y aceptable; evidencia la esterilidad de las luchas políticas cuando no tienen por objeto la extirpacion de

grandes injusticias y el planteamiento de provechosas reformas por la opinion reclamadas, y flajela tambien con el látigo de la sátira el tipo del pretoriano quijotesco que eleva á profesion lucrativa el menospreciar y vejar á cuantos no arrastren sable, y es causa eficiente del caudillaje que abate y desdora ante el mundo civilizado á casi todos los pueblos sur-americanos. Para los políticos serios y los militares dignos, no tiene nuestro autor ni una sola alusion denigrante.

Hay en el fondo de sus cuadros de costumbres, como en los del malogrado Larra (Fígaro) la filosofía de la razon en la acepcion general, comun á todos los hombres honrados y de buen sentido. Anatematiza la guerra, como debilidad indigna de

las briosas aspiraciones de la moderna cultura, y la condena bajo el punto de vista que más afecta á las almas sensibles y generosas. Los humildes, los pobres, los ignorantes van generalmente contra su voluntad á la guerra y forman desde Nemrod hasta Napoleon, el héroe oscuro de las glorias militares. Los pueblos erigen mausoleos á los caudillos y capitanes muertos; téjenles coronas las vírgenes y tribútanles sus cantos los poetas; nadie suele acordarse del soldado que queda tendido en el campo de batalla. "Yo, – dice á este propósito el señor Sáles Pérez en un bello artículo titulado *Meseniana*, – solo tengo lágrimas para esos mártires sin nombre.... lágrimas que caen en olvidados sitios sobre cadáveres medio insepultos. ¡Po-

bres soldados!" Y piensa en la jóven madre que vió salir y no volver al padre de sus hijos, y en la pobre doncella errante por el valle contemplando las huellas del prometido esposo que cayó envuelto en la nube de mortífera metralla. En el artículo *Compensaciones* desarrolla un tema viejo en forma muy nueva y agradable. "Yo creo – dice – que el Padre comun destina á cada hombre diferentes placeres y diferentes dolores, más ó ménos durables ó completos, pero que nos lleva á todos la cuenta por partida doble y que al fin de la jornada todas las cuentas quedan balanceadas. No hay saldo de placer ni de dolor." Con ejemplos tomados de la naturaleza en general y de la vida física y moral

del hombre, prueba sencilla y cumplidamente su teoría, viniendo en conocimiento de que la compensacion es la justicia y la justicia es el primer atributo de Dios. El trabajo del autor se destina á combatir la envidia, y alcanza más que eso; consuela de una manera racional, puramente humana, al desgraciado.

Al verter flores y lágrimas sobre la tumba del malogrado artista Ramon Bolet, tributo que pagan al genio todos los poetas y literatos venezolanos, se expresa en frase lacónica y sentidísima. ¡ Cómo campea la duda filosófica en la siguiente alegoría lamentando la preferencia con que la muerte se ceba en el genio! "¡ Triste condicion de la vida! El árbol benéfico, gala y

honor del bosque, cargado de fragancia y de promesas, sucumbe al rigor del estío; miéntras al soplo inclemente del ábrego, florece entre rocas el funesto manzanillo y ostenta su verdura en voluptuoso columpio!"

El dia de difuntos, asunto muy diluido en trabajos de la índole del que nos ocupa, adquiere tambien, tratado por nuestro escritor, cierta novedad y frescura deleitable. La vista de cada uno de los objetos del cementerio, su aspecto general, la santidad del dia, le inspiran sentenciosas frases tan profundas como sencillas y oportunas. Con dificultad puede el escritor penetrar por la puerta del fúnebre recinto, que invade la multitud.—"Siempre cuesta trabajo atravesar el umbral que separa la vida de la muerte," dice

lúgubremente. Pasea luego entre los sepulcros: el antogonismo político, la vanidad, la soberbia, el crímen, la virtud, el valor, la debilidad. el egoismo.... "En cada tumba, dice, me parece leer una de esas palabras, y en todas ellas juntas la historia patria." Ante la fosa comun, siente humedecérsele los ojos.—"Yo debo querer mucho á los pobres—exclama—sin embargo, no amo la pobreza." Es digno de Shakspeare.

Como á la mitad del libro me encuentro con un idilio campestre, de corte y sabor virgiliano, una verdadera joya. Titúlase *La vida del campo.* Escribiólo nuestro autor para un certámen de la Academia de Bellas Letras de Carácas, y no creo obtuviese premio. No lo necesita. Es un canto, ó mejor, un himno á la na-

turaleza, en cuyo espectáculo grandioso y siempre nuevo, se ensancha el espíritu varonil y en la meditacion de cuyas maravillas se subliman las almas buenas: una oda al trabajo y á los goces que el trabajo propociona, inspirada y desenvuelta en el sentimiento íntimo y profundo de la mision del hombre en la tierra! ¡Cuánta delicadeza y al propio tiempo cuánta realidad se nota en esta égloga! Aparece el alba con sus celajes, sus auras, el trinar de los pájaros y el murmullo del arroyo; pero la descripcion se hace en diez ó doce líneas, sin afectaciones de pensamiento ni de forma; ese arroyo no es para que las flores se reflejen en sus cristales, sino que en su remanso se baña el autor y sale de él remozado, ufano y vigoroso.

Muje la vaca desde el establo y la ternera desde la fangosa corraleja, y esos mugidos no solo manifiestan el amor sino *el hambre:* el becerro corre hácia su madre, esta reconoce á su hijo por *el olfato*: se lanza á las rojas úbres, las golpea y lastima y pronto resbalan por el hocico del afanoso animal, copos de espuma que despiertan mi apetito, dice el autor con verdadero sentimiento de la escena. Vense luego salir al campo los labradores, acompañados de sus esposas, robus tas y diligentes y de sus hijos cargados todos con los aperos del oficio y las provisiones: enyugan los sumisos bueyes, empieza el trabajo, que no es el dolor sino el placer para aquellos benditos séres " que viven más cerca de Dios que de los hom-

bres," y llega la hora del descanso en torno del árbol de pan "emblema de la índole americana constantemente pródigo de sabroso fruto," y vuelven de nuevo á la faena hasta que "desmaya el sol, el hierro pesa mucho al ya cansado brazo, no yergue el buey la poderosa frente, regresan todos al abandonado hogar, la vaca vuelve á su establo, las aves domésticas trepan por las secas ramas del totumo, las palomas y las golondrinas tornan bajo techado, la paraulata se despide del dia con sus gorjeos y comienzan las luciérnagas á trazar líneas de fuego en el espacio." Y llega la noche, y nuestro poeta – que poeta es quien tan bien siente lo real y lo ideal de la vida – piensa en Dios que le muestra sus obras por-

tentosas; piensa en sus deudos y amigos ausentes, y recorriendo el diapason de sus afectos, piensa en su esposa á quien dedica aquella composicion y por quien todo trabajo le parece fácil: hasta que se rinde al sueño viendo la imágen de su Amira, creyendo oir su voz que pide al cielo haga descender sobre él el rocío de sus benéficos dones.

Esto es muy bello y el señor Sáles Pérez sabe sentir estas cosas y las expresa tan bien como las siente, á lo cual no alcanzan cuantos lo intentan.

Pero – dirán algunos – ¿y los artículos sobre costumbres venezolanas? Y en verdad que tiempo es ya de hablar de ellos: en mi afan de evidenciar el sentido filosófico de nuestro autor, héme fijado preferen-

temente en sus trabajos más sérios. Estos artículos son muy numerosos y no es posible detenerme en todos ellos, y ménos habiendo como hay algunos que solo tienen interes relativo y de actualidad en la época en que fueron publicados. En *Las Noticias* y *Las Bolas*, pinta gráficamente el aspecto de los centros de reunion y el tipo del ávido de sensaciones en estos tiempos de revueltas políticas: en *La Modista*, *La ropa hecha*, *La Rifa*, *El buen marchante*, y en otros, describe los medios ingeniosos, y no siempre honrados, con que el mercantilismo de nuestros dias explota á los incautos. En *El hambre* satiriza cruelmente el egoismo del hombre con relacion á los derechos y á los intereses de sus semejantes: en *El almuerzo en el*

campo retrata la miseria en que las guerras de su patria han sumido á la agricultura, y tiene para los aventureros y facciosos frases aceradas y exactísimas; en *El Gato Negro*, en *El Baladron*, y otros, pinta escenas de costumbres de la gente baja de Carácas, cuadros animadísimos, llenos de luz y de color, de movimiento y vida. Son curiosos é interesantes unos artículos de viajes por el interior de Venezuela, porque en breves rasgos se traza el estado general del país, bajo todos sus aspectos. El criterio dominante en estos trabajos, es bastante pesimista. Se comprende bien que nuestro autor se fija mucho en el lado censurable de las cosas, atraido por el deseo de mejorar lo existente. Sin embargo, no se notan en él grandes esperanzas de

realizar este deseo: hay en el fondo de todos sus pensamientos, lijeros y festivos, mucho desencanto y amargura, mezclado con cierta resignacion filosófica que á veces se confunde con la falta de fe en el progreso é indiferencia por la libertad.

El estilo del señor Sáles Pérez es sencillo, agradable y correcto, con muy pocas excepciones. Al final del libro inserta algunos versos. Nuestro autor ya advierte en uno de los artículos que he examinado, haberle negado Dios los acentos del poeta, y si bien no es esto del todo exácto, pues si nó los acentos, le dió el sentimiento de lo bello, que algo vale, preciso es decir que en los ensayos á que aludo no se eleva tanto como en la prosa. De estos versos, solo considero aceptables aquellos

que ménos pretensiones poéticas revelan, el romance *Diálogos en un café*, y la dolora *El mendigo.* El primero por su espontaneidad, la segunda por la trascendencia moral del pensamiento. El romancé morisco, es solo regular. De las letrillas, la titulada *Alma sencilla* es la mejor: las demas adolecen de notable afectacion: aquellas pastorcillas, púdicas, almibaradas, de trémulas manecitas, que se llaman Libia y se miran en la fuente y, cual mariposas vuelan

"De flor en flor
sin saber que Menandro
muere de amor ..."

no sirven para inspirar al númen algo práctico y positivo de nuestro poeta, ni siquiera para dar flexibilidad y armonía á sus versos. Cuan-

do se huye de la sencillez y de la naturalidad, es indispensable poseer á fondo, pero muy á fondo, los secretos de la forma. Al señor Sáles Pérez le sobran méritos para brillar como buen prosista, y no es justo que aspire á imitar á nuestros poetas del siglo pasado que tan bellas cosas y tan perfectamente inútiles nos han dicho por medio de sus Amintas y Leandros.

Ilustran el libro *Costumbres venezolanas*, diez ó doce láminas dibujadas por el jóven Arturo Michelena que al publicarse el libro tenia trece años de edad; trabajos curiosos y muy notables, teniendo en cuenta, sobre todo, la escasa edad de su autor. Son curiosos por la mezcla de genio é inexperiencia que, especialmente en el dibujo y en la pers-

pectiva, en ellos se revela: son notables por la expresion de los rostros y los efectos de luz. Parece imposible que un niño pueda llevar tan léjos el sentido de observacion, que no otra cosa es el sentimiento del claro oscuro. Nuestro gran Fortuny á la edad de Michelena dibujaba mejor, porque en esto era un portento; pero no tenia desarrollada en tan alto grado la facultad de ver la luz en los objetos. Es preciso que Venezuela proteja á Arturo Michelena, que le pencione en Roma ó en Paris y le proporcione medios, si carece de ellos, de ver nuestros museos y catedrales; que contribuya, en fin, á desenvolver el genio que tan brillantemente revela el precoz artista. Es un deber de honra nacional, hoy sobre todo que

restablecida la paz, vuelve Venezuela á verse regida por el Ilustre Guzman Blanco, que tanto protegió el desarrollo de los grandes intereses durante los siete años de su inolvidable Gobierno.

HORTENSIO.

Madrid, 19 de Marzo de 1879.

LAS CUELGAS.

—

En este mes que trae un dia de Dolores y otro de Mercedes, apénas habrá un padre de familia que no haya gastado una suma en *cuelgas*.

Esta consideracion me ha sugerido la idea de escribir un juguete sobre el asunto.

La palabra *cuelga* es de nuestra propia invencion.

Nos ha servido para enriquecer el idioma, y al mismo tiempo para empobrecernos nosotros.

Creo que la hemos derivado del verbo *colgar*, y que se llaman así los regalos de dias, porque el que los envía, se cuelga, si es necesario, para no faltar: y el que los recibe, queda colgando por la retribucion.

Antiguamente se llamaron *horcas;* lo cual comprueba, que en todos tiempos, estos obsequios han tenido alguna semejanza con el lazo que aprieta la garganta.

Pero no solo el que envía y el que recibe el regalo quedan colgando: tambien suele quedar el que lo vende, sin tener ninguna culpa.

¡ A cuantos quincalleros he visto renegar de los Santos !

Conozco uno que tiembla á la aproximacion de uno de esos Santos populares.

El Cármen! Santa Isabel! suenan en sus oidos lo mismo que ¡ ¡ El Saqueo! ! Los Acreedores ! !

Esos azafates llenos de costosos regalos que en ciertos dias cruzan la ciudad en todas direcciones, me dan mucho qué pensar.

—Cual será el móvil?

—Cual será el fin?

El dar no es natural en el hombre, mezquino y egoista de suyo.

En la mujer, que es más ingénua que el hombre, puede ser alguna vez desinteresado: pero no siempre.

Dar puede ser–pedir.

Dar puede ser–pagar.

Dar puede ser–prestar.

Pero dar nunca es dar.

Hasta las dádivas de la caridad son interesadas, porque son créditos que se compran contra la Providencia.

Vayan algunos ejemplos.

Eres comerciante, y recibes algunas mercancías de lujo, paisajes, vírgenes y otras cosas raras, que deseas vender con buena utilidad: ántes de ofrecerlas al público, envías *de regalo* un cuadro

al cronista del diario más importante —digamos LA OPINION NACIONAL.

—¿Eso es dar?

—Eso es pedir un suelto de recomendacion que te ayude á vender los otros.

Te cura un médico y no te cobra, porque es pariente de tu mujer, y los primos de tu mujer deben servirte de balde, que bastante has hecho tú al casarte con la prima de ellos.

Tú quieres echarla de generoso, y para aprovechar unas monedas lisas, mandas hacer un freno, que él necesita y se lo regalas.

—¿Le has dado algo?

—Mentira! le has pagado con cuarenta pesos una curacion que valía doscientos.

Eres hacendado de caña, y tienes mas semilla de la que necesitas, á tiempo que tu vecino está careciendo de ella. En lugar de botarla, se la

regalas, para que te desocupe el terreno.

—¿Eso es dar?

—De ninguna manera! es tenerla allá para cuando cambien las circunstancias.

Encuentras un niño huérfano y enfermo: institivamente piensas en los tuyos, llevas la mano al bolsillo y le socorres.

¿Eso es dar?

—Eso es encomendar los tuyos á la Providencia; es pagar el dividendo de una póliza de seguros en favor de tus hijos; y como Dios es un banquero que nunca quiebra, no puedes poner tus fondos en mejores manos que en las manos del huérfano desvalido.

Los regalos son tambien el gran resorte de la corrupcion.

Detras de toda sentencia injusta se encuentra siempre un regalo torciendo la conciencia del juez.

Un elector hallará siempre más méritos en el candidato de quien espere el mejor regalo.

Este mal es tan antiguo como el mundo.

Los regalos vienen del Génesis.

La seduccion no ha encontrado medio mas eficaz.

De ahí viene el refran-*dádivas quebrantan peñas.*

La manzana del Paraíso no fué otra cosa que él primer presente hecho por la primera mujer.

¡ Costoso regalo !

Todos los dolores del género humano salieron de esa funesta manzana !

Pero los hombres nos hemos vengado de ese daño, y nos vengaremos hasta el fin de los siglos, empleando la misma arma—los regalos.

Desde que un hombre intenta la conquista de una mujer; desde que pretende cualquiera barbaridad, casarse con ella, por ejemplo, la primera

manifestacion que la hace es el regalo de una flor; de allí pasa á una fruta, no precisamente la del árbol prohibido, sino cualquiera otra, que todas para este caso son iguales á la manzana.

El aroma de esa flor y de esa fruta tiene algo de fascinador: algo como el veneno de la flecha de Cupido que hiere el corazon y trastorna la cebeza.

Este proceso aunque lento, es infalible, y tan conocido del lector, que prefiero abandonarlo, porque me voy perdiendo en ese laberinto de dádivas, donde se han perdido tantas mujeres y tantos hombres.

Mi ánimo era hablar de las cuelgas; de ese comercio obligatorio de regalos recíprocos, que en determinados dias establece el afecto, ó mas bien la etiqueta.

En realidad no es otra cosa que un compromiso mútuo de comprar cosas supérfluas.

¡ Cnántas veces no se podrán comprar las indispensables !

Cada regalo que se recibe es un pagaré que se otorga.

Nada tienen de censurable esas demostraciones de cariño si se mantienen en un límite racional.

Pero visitad una casa en dia de dias y encontrareis–un tintero bellísimo donde nadie se atreverá á poner tinta.

Un tocador que no se puede tocar de puro mono é inútil.

Una polvera de cristal, y dentro ¡qué polvo tan suave! – un reloj de oro.

Un ramo de flores que ocupa media sala.

Y por el mismo estilo cien objetos que representan un valor que no tienen, y que es preciso retribuir con otros que cuesten un poco más.

Ahí está el mal!

La vanidad se sostituye al afecto y entra á disputar la superioridad por lo valioso de sus obsequios.

En esa altura, un regalo, no puede ser un agasajo—es una imposicion onerosa, es casi un agravio.

Casos conozco yo que han llegado á una extremidad ruinosa, y hasta vulgar, que es todavía peor.

La amistad, el amor y todos esos sentimientos sublimes que brotan del alma, probando su orígen divino, no deben unirse nunca con lo material.

El sentimiendo se rebaja sumado con el interes.

La ingenuidad es sencilla.

El lujo es inseparable de la soberbia.

Si una flor quiere decir "yo te amo," una prenda de gran valor quiere decir "yo te humillo."

El afecto que humilla no puede ser sincero.

Setiembre - 1877.

EL BUHONERO.

VULGO QUINCALLERO.

El personaje que me propongo presentar á mis lectores es extrangero, sinembargo, es un tipo tan comun en el pais que puede tomar carta de nacionalidad.

Es quincallero, (voy á llamarlo así para que me entienda la gente) es como si dijeramos de *casa.*

En prueba de ello, él conoce todas nuestras casas, y las frecuenta más de lo que convendria á nuestros bolsillos.

El hombre más corto de vista puede conocer á un quincallero á trescientos metros de distancia.

Un ciego le conoceria por el olor.

Ellos usan un traje especial, que si no es un uniforme precisamente, al ménos dá cierta uniformidad al gremio que lo distingue de cualquiera otro.

Todos usan un chaqueton negro y unos calzones color de polvo ; ambas piezas de pana burda.

Con ese vestido salen de su pais y con ese regresan.

Ellos traen á prevencion un retazo para remendar los descalabros del tiempo ; pero no de la misma tela ni del mismo color.

Raro será el quincallero que despues de algun tiempo de residencia, no lleve en la parte trasera más visible un guardapolvo azul.

Traen tambien unos zapatones, construidos por el mejor herrador de su

pais, destinados á durar tanto como los pies, y un cachimbo de una vara de largo.

Al pisar nuestras playas, parece que les sale al encuentro la petaca y se les monta en la espalda.

Ellos vienen ya encorvados para recibirla.

Sus ojos no se levantan del suelo: estan siempre buscando la pista.

Hábiles cazadores van derecho á donde está la presa.

Su olfato está en los ojos.

Estos hombres recorren todo el pais; de vereda en vereda van buscando los caserios de las más apartadas montañas, sin consultar ningun mapa, sin preguntar á nadie.

La codicia se convierte en virtud; llega á lo sublime.

Veámosle llegar á una de esas chozas aisladas, donde viven nuestros ignorantes labradores.

Buone giorno siñora; comestate; traigo guingalla, buona é barata.—

Despues de este saludo y de una humilde reverencia, destapa la caja de baratijas.

Los campesinos la rodean llenos de admiracion.

Ante todo saca un rosario de grandes cuentas y lo presenta, quitándose el sombrero:

—*Son lácrima de San Pietro; consagrato per Pio nono.*

Los campesinos besan el rosario sin atreverse á tocarlo.

—*La cruche é de plata*—añade el quincallero.

—¡Ay que linda! y bendita por el santísimo papa! Eso debe valer mucho!—dice la buena muger, sin atreverse á preguntar por no cometer un sacrilegio.

—*Non siñora per tre peso, está barato.*

—Pero yo no tengo tanto.

—*Yo lo fio per due mese.*

La fisonomía de la muger se ha iluminado repentinamente con la oferta del quincallero.

Desde que una cosa puede comprarse á crédito ya no parece cara.

La gente cree que los plazos no se vencen nunca, ó que el dia de pagar llueve dinero ó llueve candela para consumir al cobrador.

El vendedor y la compradora se entienden al fin, en estos términos: —diez reales de pronto y catorce dentro de dos meses.

Hecho este primer negocio, el quincallero dice en su interior—"me cuesta tres reales; lo vendo en veinte y cuatro; recibo diez, si no me pagare los otros, ganaré siempre siete *¡ moderata ganancia !*"

Despues negocian algunas prendas, que son falsas y se venden por oro de 14 quilates.

Asi queda aquella familia cargada de cosas supérfluas y adeudada, pero contenta y tranquila, porque hay dos meses de por medio para el pago.— ¡ Dos meses tienen tantos dias !

Pero los dias pasan uno á uno.... Llega el dia de pagar y el quincallero tambien llega, y no tan cariñoso como la primera vez, sino severo y exigente.

Ahora trae cara de acreedor, ó lo que es lo mismo, cara de palo.

No ha llovido dinero, ni quiere llover candela.

Es preciso pagar de cualquier modo, porque el quincallero se ha instalado en la casa como huesped, y hay que mantenerlo miéntras no se le pague.

Por otra parte el huesped se ha lavado la cara, se ha afeitado y se teme que se recorte las uñas ; y hay una muchacha en la casa, y la casa no tiene puertas, y, aunque á estos hombres

no se les puede levantar el testimonio de ser aficionados á las mugeres, un acreedor siempre es peligroso y una madre siempre es cavilosa.

Todo esto y los apremios del quincallero, deciden á la pobre muger á entregarle la burrita en que hace sus diligencias, por el precio que pone el acreedor.

Pero la burra no alcanza y es preciso cargarla con todas las gallinas; y todavia falta un pico, y el italiano no quiere dejar picos pendientes.

Qué hacer?

El acreedor se antoja de la cotorra de la muchacha, su único entretenimiento, y es forzoso entregársela por el saldo.

—Gracias á Dios!—exclama la pobre muger, al ver salir al italiano.

—Siquiera le quedó la hija!—digo yo.

El quincallero promete volver y vuelve en efecto, si no el mismo, otro ejemplar de la especie.

Estas escenas lastimosos se repiten con frecuencia en nuestros campos: Maldita industria ! destinada á explotar no solo la mercancia sino la inocencia !

1877.

DON FACUNDO.

—

TIPO NACIONAL.

—

Don Facundo es un viejo pando, cuya barriga llega á todas partes un poco ántes que él, que habla siempre á gritos y por lo regular de sí mismo, encomiando sus servicios á esta patria y quejándose de la ingratitud de sus conciudadanos.

El habla con esa seriedad que se parece á la conviccion, y que persuade á la gente que no tiene la costumbre de ir al teatro.

Hace pocos dias que estaba en las cercanías del mercado, en medio de un gran círculo, accionando con el baston.

—"Para mí, ante todo está el deber.

—"No hay sacrificio que yo no haga en áras del deber.

—"A esa austeridad de mi carácter debo la reputacion y el inmenso crédito de que gozo en Carácas."

La gente que le rodeaba estaba llena de recogimiento y admiracion; pero ninguno estaba tan admirado como yo que conozco á Don Facundo desde que nací.

¿Saben Uds. lo que él llama Deber?

—No pagar!

Y eso es tan sagrado para él que nunca ha pagado nada.

¿Saben Uds. cuál es el sacrificio que él hace en aras de ese deber?

—El de sus acredores!

¿ Saben Uds. por qué cree él que tiene tanto crédito ?

—Porque le debe á todo el mundo !

Sin embargo Don Facundo es un hombre que recibe atenciones en todas partes y que ha ejercido muchos empleos públicos, y algunos hasta de confianza.

Verdad es que él pide prestado y no devuelve, pero tambien es verdad que quien le presta, sabe que su dinero está tan seguro como si lo tuviera enterrado y no recordara el sitio.

Cualquiera temerá que llegue un dia en que Don Facundo encuentre las puertas cerradas.

Pues no señor.

Eso le sucederia si fuera comerciante, agricultor, médico, artesano ó ejerciera alguna industria, pero él no tiene ni ha tenido nunca oficio.

Su profesion es la política – con ella ha vivido anchamente.

Parece mentira lo que voy diciendo, pero no hay verdad mas grande.

Una opinion política en estos países, liberal ó no liberal, manejada con habilidad es un patrimonio.

Esa es la riqueza de Don Facundo.

Cuando manda su partido ó el círculo de su influencia vive del presupuesto.

Cuando no manda, vive de los contribuyentes.

Su opinion pues, equivale á una hacienda de cacao en tierra fértil.

Si llueve, carga en las ramas
Si no llueve, carga en el tronco.

He dicho que él no ha hecho nunca nada, ni siquiera versos, que es la ocupacion de los desocupados, pero todo su tiempo lo ha empleado en imponerse á los que mandan, con halagos ó gruñidos, y en amedrentar á los que no mandan.

El es áspero, insolente, chismoso, en

una palabra – es un hombre que dá miedo.

No hay que decir más – desde que un hombre dá miedo, consigue que le den á él todo lo que pide, y algunas veces más.

Don Facundo tiene partido; es hombre de círculo: como todo calumniador, como todo hombre de ideas incendiarias, encuentra siempre auditorio.

Sin embargo, es inepto, cobarde, imcapaz de tomar ninguna iniciativa.

Estos hombres son como esos maderos vanos y voluminosos que arrastran los rios en las grandes avenidas.

Por lo mismo que no tienen peso, sobrenadan, y en cualquier estacada ó remanso se detienen.

Todas las basuras y ramos delgados que vienen detras se van apoyando en el madero.

Al fin se forma un promontorio que rebalsa la corriente é inunda las sementeras.

Al desprenderse el dique, la corriente detenida arrasa cuanto encuentra por delante.

¿Qué es el tronco podrido, que no sirve ni para leña?

—Nada, pero ha servido de núcleo para constituir una fuerza y hacer daño.

He aquí á Don Facundo.

Así se explica la posicion que ocupa en la política.

No es una figura, pero es un peligro, y él sabe explotar el temor que infunde, así entre los hombres del Gobierno como entre los ciudadanos.

El se apellida *liberal* para revestirse con el gran prestigio de las ideas del siglo, pero él de todo tiene ménos de liberal.

El partido le arroja migajas para adormecer su encono y encadenar su lengua, pero no le reconoce.

Porque el partido que tiene por enseña el progreso y la civilizacion:

que ha luchado un siglo por destruir toda preocupacion y todo señorío para establecer la igualdad de los derechos:

que conquista voluntades con sus doctrinas, y no por la fuerza:

que ha inundado de luz todos los horizontes

y que marcha á banderas desplegadas, dejando ruinas donde quiera que encuentra errores y tiranías, no puede dar carta de naturaleza á esos hombres funestos, opresores y cargas de la sociedad.

Demasiado hace con tolerar sus escándalos y dejarles manchar su nombre.

1878.

LA INUNDACION DEL PUENTE NUEVO.

Á MI AMIGO P. OBREGON.

Siempre le he tenido recelo á Caroata.

No era posible esperar que su mansedumbre fuera eterna.

Ese pobre riachuelo tiene razon para estar muy enojado con Carácas.

No hay suciedumbre que no se arroje á sus márgenes: toda cloaca inmunda va á adulterar sus aguas.

Es el único rio á quien ningun poeta ha podido llamar transparente; á

quien se ha privado del derecho de murmurar, y que en cambio, carga con todas las murmuraciones de un pueblo.

Sus márgenes no han brotado jamas una flor, como no sea esa especie de hongo blanco que nace en los muladares con forma de paraguas.

Arvelo, el único poeta que se atrevió á nombarlo, dijo que arrastraba *líquida mirra.*

Caroata es el ludibrio de la capital.

Si necesitais un esqueleto de burro, algunas docenas de gatos, perros, gallinas y ratones muertos, id á Caroata y cargareis un carro.

Si quereis los colchones en que ha espirado algun ético ó leproso, allí los encontrareis.

Hasta la moral ha huido espantada de las cercanías del inmundo riachuelo.

Todas esas mujeres que viváquean por las inmediaciones de los cuarteles y que se distinguen de las otras, en que tienen los ojos como dos brasas; la nariz lustrosa, y encarnada como un pimiento; los labios reventados; los cabellos sueltos hácia atras; el pecho y la espalda descubiertos; un pañuelo terciado sobre uno de los hombros, fingiendo el deseo de cubrirlos; la bata á medio cerrar, con una cuarta de ménos por delante y dos cuartas de cola arrastrando; que caminan con una desenvoltura chocante y llevan siempre en los labios una sonrisa infernal, puede asegurarse que tienen su caverna en los escondrijos que rodean á Caroata.

Aquel es el teatro constante de todo género de escándalos; allí llueven del cielo las palizas y las cuchilladas, y el eco de los gritos del infierno resuena sin cesar entre aquellos barrancos tenebrosos.

Si la policía fuera capaz de desvelarse por algo, con solo Caroata tendria para no dormir jamas.

(Este rasgo satírico no se dirige á los celosos jefes de la policía: en cuanto á los subalternos, les dejo el derecho de decir que la soga siempre quiebra por lo más delgado.)

Dichos ya todos los ultrajes que pesan sobre Caroata ¿ qué tiene de particular que el dia que consigue un buche de agua prestado con qué lavar tanto agravio, aviente las narizes, cierre los ojos y se lleve por delante todo lo que encuentra sin miramiento alguno ?

Esto es lo que ha sucedido el 3 del presente, despues de 30 años de resignacion.

No podemos quejarnos de un rio que solo se irrita tres veces en un siglo.

Pero al recorrer el campo del desastre, no puede uno ménos que rebe-

larse contra la injusticia de la suerte, encarnizada siempre contra la inocencia!

¿Qué daño habian causado aquellas pobrecitas mugeres, vecinas del Puente Nuevo, para ser lanzadas de sus hogares, con violencia tal, que apénas pudieron salvar á sus hijos, abandonando á las iras del torrente su mezquino ajuar, única riqueza que poseian?

Y Heraclio Guardia, mi excelente amigo, que habia concentrado las últimas fuerzas de su juventud, todas sus privaciones y desvelos, y hasta sus sueños de poeta, para construir un hogar modesto, rodeado de flores y de árboles hermosos, plantados por su mano, á cuya sombra esperaba descansar los últimos años y entonar sus últimos cantos; ¿en qué pudo provocar las furias de ese rio, para que en una hora fatal destruyera el afan de

largos años y la mas acariciada de sus esperanzas?

Y Menéses, tan digno de mejor suerte por su honradez y laboriosidad?

Y tantos otros á quienes no conozco, pero que no por eso excitan ménos mi conmiseracion?

El Gobierno, al reparar los daños que han sufrido las obras públicas, deberia tender su mano protectora á las desgracias particulares.

Esa es la atribucion mas augusta que tiene el encargado de velar por la salud pública.

¡Cuán satisfactorio seria para mí el haber contribuido con estas líneas á consolar una afliccion!

¡Lo que es el mundo!

Las catástrofes son las fiestas de los que no participan de sus rigores.

Media hora despues de la tormenta se notaba en la ciudad una agitacion muy parecida á la alegría.

Centenares de carruajes descubiertos, cargados de damas y caballeros recorrian las calles visitando las ruinas.

Las avenidas del Puente Naevo eran estrechas para contener la gente que afluia sin cesar.

Y no se contentaban con ver los escombros; necesitaban internarse en ellos y palpar todos los detalles para quedar satisfechos.

Cualquiera habria dicho que buscaban cadáveres!

Yo creo que despues de ver todos los estragos, la gente se retiraba con una tristeza mayor que la que le habian inspirado tantas desgracias – la de no encontrar algo más que ver!

No es que yo acuso de cruel al corazon humano, sino extraviado por la curiosidad y por el deseo de emociones.

Tampoco le defiendo, pues tengo observado que en general, el hombre se afana por hacer un mal, al paso que, sólo hace un bien, cuando no le cuesta ningun trabajo ó cuando no puede evitarlo.

No calumnio ni invento–yo estudio.

Si se me midiere con la misma vara y se me atribuyeren los mismos extravíos, solo responderé: – " Hombre soi. "

Octubre 6 de 1878.

LA ELECCION PRESIDENCIAL.

CARTA PRIMERA Á ANDRES.

Estamos en vísperas de poner término á la gran campaña eleccionaria.

Es la primera vez, desde que tengo uso de razon, que tres dias ántes de la eleccion no se conozca á punto fijo el resultado.

Tal incertidumbre honra al Gobierno que ha presidido las eleccionos y hace pensar bien de este pueblo.

Lo gracioso es que Alcantaristas y Zavarcistas, usando el órden alfabé-

tico, como ha dicho alguien, estan respectivamente seguros del triunfo.

Cada bando cuenta con quince votos seguros en el congreso, de donde resulta que son treinta diputaciones.

Yo he estado creyendo hasta ahora que los Estados eran veinte, sin contar el Distrito, pero por lo que voy viendo ya tenemos veinte y nueve.

Que prodigio Andres! como vá creciendo el país!

Eso se debe sin duda á la inmigracion que se vá acumulando y formando entidades políticas.

No es posible creer que sea un error de cuenta de los partidarios fervorosos, porque estos señores ántes de pensar en un candidato, sacan muy bien sus cuentas, y es en vista de sus resultados que fijan su opinion.

No hay duda; deben ser veintinueve Estados.

Pensar que las distintas diputaciones de los Estados halaguen á los unos y á los otros con ofrecimientos equívocos, seria poner en duda el carácter firme y sério de los hombres que vienen á ejercer los poderes de millares de ciudadanos.

Si una diputacion fuera cosa que se pudiera comprar, podria pensarse que habia algunos especulando con ámbas partes y que esperaban el último momento para favorecer al que pagara mejor.

Pero; vive Dios! que me espanto hasta de pensarlo, cuando yo sé que un diputado es invendible, incomprable y hasta inmune.

Deben de ser veintinueve Estados y si resultan veinte, es preciso creer que cada uno tiene voto y medio, y de ahí viene esa trabacuenta que me tiene todo confuso.

Los corífeos de uno y otro bando

estan como los galleros, apostando doble contra sencillo.

Yo voy á apostar cien libras contra doscientas á favor de cada candidato.

Con cualquiera que gane, tengo hecha mi utilidad. Allá te mandaré el barato.

Esto es divertido para el que vé la riña ganando con cualquier gallo.

Yo gozo hablando con todos los círculos y hasta me entusiasmo cuando oigo las nuevas medidas que van á decretar.

No vayas á pensar que van á cambiar los metros por varas y los litros por botellas: son medidas de progreso, de bienestar general; cosas estupendas, son, en fin, promesas de la víspera que no dejan nada que desear.

Ayer me decia Don Bruno ponderando lo que iba á ganar el país con el triunfo de su candidato:

—Yo tendré una aduana y otra mi hermano y otra mi hijo, y hasta mi mujer tendrá colocacion en el nuevo Gobierno.

Supongo que la harán preceptora, que es para lo que puede servir una mujer de cincuenta años y sin ninguna educacion.

De todo esto deduzco yo que el nuevo órden vá á crear un millon de empleos para que nos acomodemos todos.

He aquí lo que hace falta – empleos y buenos sueldos para salvar la agricultura y las artes y para que la cría, especialmente la de mamíferos, se desarrolle admirablemente.

Ambos partidos formulan el mismo programa, como sucede siempre en las contiendas civiles.

Los hombres estan de acuerdo en lo que constituye el bien de los pueblos, y en la manera de hacerlo ; solo difieren en cuanto á los ejecutores.

Cada partido quiere la gloria de hacer la dicha de su contrario; en la suya no piensa jamás, por que entónces no habria generosidad sino egoismo.

Esa noble disputa de quien hace feliz á quien, es lo que ha inundado de sangre los pueblos desde que existen los gobiernos electivos.

Eso es como si tú, deseoso de mi bienestar, quisieras comprar una hermosa casa para regalármela; y yo propusiera la compra de la misma casa para regalártela á tí, y trabáramos una disputa por anhelar cada uno el bienestar del otro; y viendo que no podiamos entendernos, porque ninguno de los dos se resignaba á sufrir la dicha que el otro le prometía, nos diéramos de cuchilladas, y uno de los dos mandara á su ingrato contendor á gozar la felicidad eterna, por haber rehusado la temporal, ofrecida tan generosamente.

Pero no temo yo eso en el presente caso, porque el país quiere paz y debe ser bastante fuerte para dominar la anarquía.

Y si no lo fuera, habria que renegar del buen sentido; y pensar que andábamos como buque desmantelado á la merced de las olas.

Habria que creer que una revolucion radical, que ha destruido todo lo viejo para fundar una sociedad nueva, sobre bases de estabilidad y de órden, era infecunda en sus resultados.

Yo, que soy uno de los escombros derrumbados, me he consolado en la derrota, esperando tener parte en la cosecha de prosperidades que vamos á recojer.

Si es un error, quiero vivir en ese dulce engaño.

No quiero adivinar el infortunio.

La venda que Dios ha puesto en los ojos del hombre, es el don más percioso de su misericordia.

1877.

LOS PATIQUINES.

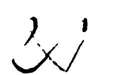
—

Creo innecesario explicar la significacion de esta palabra.

Para no dejar de parecer etimologista ó pedante que es lo mismo, diré que viene de la voz italiana *partiquino*, que significa actor de baja escala.

Un page mudo, por ejemplo, aquel que sale á decir – *aquí están las velas*, no son más que *partiquinos*.

La palabra *patiquin*, degeneracion de aquella, es nueva en el diccionario venezolano, así como es nuevo y





original de nuestro suelo el tipo que ella designa.

Los antiguos no conocieron esta sabandija, nacida de nuestras revoluciones, como brotan lombrices y sanguijuelas de los pantanos.

No he querido comparar al patiquin con la tímida lombriz ni con la chupadora sanguijuela, ni mucho ménos con el lodo á nuestras convulsiones políticas ; líbreme Dios hacer comparaciones tan exactas.

Ante todo amo la ficcion, si nó, pareceria extranjero en mi patria.

El patiquin no nace precisamente el dia de una convulsion: él existe, pero vive en incubacion durante los períodos pacíficos, que por cierto son muy cortos.

Así como el gusano vive en su capullo hasta que se convierte en mariposa, esos jóvenes turbulentos, ociosos y sin carrera, viven en las canti

nas hasta que se transforman en patiquines.

La cantina es el capullo de esta crisálida.

Con el primer grito de una insurreccion y la primera proclama del Gobierno, brotan á millares como las ranas con las primeras lluvias.

El patiquin nace sin opinion: él se declara en ejercicio, como abogado novel, ántes de saber qué causa defenderá: los acontecimientos van á fijar su opinion.

Lo único que él sabe de cierto es que en rio revuelto ganan los pescadores.

Aquellos que logran una racion del Gobierno como *agregados*; una comision para embargar bestias, —empleo que produce dos ganancias— una por embargar y otra por no embargar; una comandancia de patrulla para cobrar reemplazos ó cualquiera otra ganga,

se deciden por el Gobierno, ó sea por la constitucion y las leyes.

Los que no caben en la gracia del Gobierno, se hacen conspiradores y andan de corrillo en corrillo, hasta que creen llegado el momento del triunfo.

Entónces se incorporan á la faccion.

Ya está el patiquin en su verdadero elemento.

Se le distingue á leguas por el talante, más dramático que bélico.

Gran sombrero, con el ala izquierda apuntada, sosteniendo una hermosa pluma que arrancó á la gorra de la mamá :

Chaqueta azul con botones amarillos :

Pantalon metido por dentro de las botas, remedando las jacobinas :

Carriel fileteado, con cigarros, cepillos, peines, el último billete amoroso y una clineja de Laura. Sable curvo y mohoso ; enorme revólver.

Los patiquines no entran á servir en ningun cuerpo regular; ellos se acomodan en el Estado Mayor, ó forman esos cuerpos ligeros, insubordinados é inútiles que llaman *piquetes*.

Su oficio es recojer ganado, bestias, empréstitos, etc. Nadie más violento que ellos contra los hombres, las mujeres y objetos indefensos.

Los patiquines tienen para la guerra una ventaja muy envidiable, y es – su horror á los peligros.

Entre ellos y las balas no hay ni puede haber ningun punto de contacto: son antípodas.

De ahí viene que no se ha dado un caso de un patiquin muerto en campaña, como no sea de miedo ó de calenturas.

En compensacion de esto, son los mas avanzados cuando llega la hora de comer.

¡Ai de las gallinas donde cae una manada de estos zorros!

Cuando el soldado, muerto de fatiga, está jadeante de sed, el patiquin se está bañando!

En la hora del combate ocupan tambien su puesto, no precisamente en las filas de batalla, sino en las de observacion.

Allí, trémulos de coraje, esperan el resultado. Si es adverso nadie les quita la vanguardia; si es favorable, se quedan recorriendo el campo para recojer los heridos, y *cinturear* á los muertos.

Cuando el campamento es sorprendido, sin que los patiquines hayan tenido tiempo de acomodarse, la derrota es infalible, porque no hay soldado que resista sus gritos de terror, ni las patas de sus caballos que se llevan por delante todo lo que encuentran, ménos al enemigo.

Un ejército recargado de patiquines está siempre próximo á ser destruido,

porque lleva en su seno un mal elemento – el pánico.

Sn embargo, en los desastres tienen reservado un puesto de honor en que lucen mucho—¡la lista de prisioneros!

Y es gusto verles entre las filas de sus vencedores, cabizbajos, ennegrecidos por el polvo y con un gesto que parece decir:

"Oh ironía de la suerte! ¡Tanta
" humillacion por premio de tanto he-
" roismo! La posteridad me hará jus-
" ticia!"

Pero si llega un dia de triunfo para su causa, entónces entran erguidos como grandes libertadores; cada cual cree que todos los arcos son para su gloria y que las damas no piensan más que en su bravura.

Al referir sus hazañas cree uno que oye al mismo Marte.

El triunfo se debió únicamente á él: el jefe no hacia nada sin consultár

selo: los soldados no seguian más que su plumaje!

Todos los destinos deben ser para él, porque solo su denuedo los ha conquistado: deben darle una Aduana, y no para administrarla sino para disfrutarla.

¿Qué ménos? ¿No espuso él su vida á un constipado, á una mordedura de culebra? ¿No ha podido recibir un balazo al cargar su revólver?

El dia de las recompensas honoríficas, consigue sin esfuerzos que le confirmen su grado de general, que él mismo se habia dado, y ya lo tiene U. creyendo que es verdad su propia fábula!

De esos patiquines generales, es que se han formado esos miles de generales patiquines que cuenta nuestra lista militar, para asombro de las naciones del orbe.

Y no es lo peor, sino que tenemos

en espectativa una cosecha que va á poner la especie por el suelo!

Los generales se cotizarán como los mangos á tres reales el ciento!

Por fortuna yo tengo mi grado antiguo, y no fué ganado con plumajes, ni clinejas, ni fanfarronadas; ese me costó, lo digo con vanidad— muy buenos veinte pesos!

Febrero 4—1879.

EL CARACTER.

—

Un mal carácter es el don mas precioso que puede hacer á un mortal la Divina Providencia!

Se dice que la suerte del hombre depende únicamente de su carácter.

Esa es la verdad.

Pero créese generalmente que la felicidad consiste en la mansedumbre, la tolerancia y la conformidad.

Es un error gravísimo de que están sacando partido los bribones desde los primeros tiempos, con notable perjuicio de los hombres sencillos.

Yo voy á demostrar que tener lo que se llama un mal carácter es nacer predestinado para la dicha.

El hombre de mal carácter tiene una armadura que le protege contra los ataques de todo el mundo. Es invulnerable—es un Aquiles sin talon.

No hay fortuna mas envidiable que la de alcanzar el sobrenombre de *Ruibarbo, Saldehiguera* ó *Guayacan.*

Desde que se adquiere esa ventaja, ya se puede dormir con la puerta abierta.

¿Quién le pide una onza prestada á Ruibarbo?

¿Quién le pide una limosna á Guayacan?

Unos dicen - no quiero nada con ese hombre por no verle la cara. Otros dicen—por no oirle la lengua, y muchos —por no matarlo.

El hecho es que el respetable señor *Ruibarbo, Saldehiguera* ó *Guayacan*

acrecienta su fortuna sin encontrar nunca quien le quite un centavo.

En cambio, él invade los bolsillos agenos y se lo toleran por evitar un desagrado.

La mujer, si la tiene viva por casualidad, es una Santa Rita.

Los hijos, le adivinan el pensamiento.

Los sirvientes, se anticipan á sus órdenes.

Si Ruibarbo se lanza á la política, alcanza un alto puesto.

Desde que toma asiento en una asamblea todos los miembros se sienten coaccionados.

Nadie puede resistir su mirada fiera y encapotada ; sus labios plegados desdeñosamente dejando ver los colmillos como animal carnívoro; su pelo erizado hácia la frente como el puerco espin, su corbata ancha como una faja de dos vueltas y la levita abotonada.

El ciudadano Ruibarbo es el primer ciudadano.

Es preciso aplaudir todo lo que diga, ántes de decirlo.

Un hombre que tiene cara de burro, debe ser muy sabio.

Un hombre que anda tan despacio, debe llevar sobre su cabeza la suerte de la patria.

Un hombre que no dice sino monosílabos, debe ser un pasmo de elocuencia.

No hay remedio, Ruibarbo es presidente de la asamblea por unanimidad.

Dígame ahora el lector, si una cara de herrero y un carácter detestable, no son los dones más preciosos que puede hacer á un mortal la Divina Providencia!

Yo creo que los que se han llamado desde los tiempos históricos *grandes caractéres*, no han sido otra cosa que caractéres amargos.

Es de esos génios insufribles que se han formado los grandes hombres. El talento y el valor solos, no habrian hecho nada.

Es á fuerza de rigor que han llegado á imponer su voluntad á los demas hombres.

Y despues dicen los historiadores —Tenia un gran carácter — un gran génio!

Mentira! lo que tenia era un malísimo carácter — un génio atroz. Desde Nemrod hasta nuestros dias, ningun hombre ha dominado á los demas por la dulzura del carácter ni por el semblante risueño.



Al que se vuelve miel, se lo comen las hormigas.

Tenga U. buen carácter y ya está libre de que su nombre llegue á la posteridad.

No pasará nunca de lo que se llama un pobre diablo.

En política, será escalon para que suban los otros.

Cuando más—instrumento.

En su casa, será U. el único que obedezca.

De su mujer para abajo todo el mundo estará sobre U.

En cambio, U. será el único que trabaje para todos.

Si llega U. á heredar una fortuna por casualidad, puede estar seguro de que no le durará mucho tiempo, porque todo el que necesite algo vendrá á pedírselo, en la confianza de que U. no le dejará desairado.

Nadie le pagará á U., porque U. será el acreedor de más confianza, y siempre lo dejarán para el último.

Y llegará el juicio final y lo encontrará de último, y no será U. nunca el primero, por más que lo digan las Sagradas Escrituras.

Le faltará á U. tiempo para ocuparse en servicio de los demas, y recogerá por premio, una cosecha espléndida de ingratitudes, y tendrá, al fin de sus dias, un número de enemigos igual al de los servicios que haya hecho.

Dígame ahora el lector, si el tener un bello carácter, que le haga simpático y accesible para todo el mundo, no es la desgracia mas grande que puede afligir á un mortal!



Pero hay una cosa infinitamente mejor que poseer un mal carácter, y es – no tener ninguno.

El hombre sin carácter no conoce la contrariedad; no tiene que luchar ni con su propia conciencia.

Porque siempre se cobija bajo el árbol que dá mas sombra.

Porque él vive repicando por el que sube y doblando por el que cae.

Porque navega siempre á favor de la corriente y no pretende nunca remontarla.

Para él todo hombre es justo y patriota, con tal que esté gobernando.

Para él solo dejan de tener razon los partidos cuando caen, y eso, mientras no vuelven al poder.

¡Oh dichosos mortales los que no tienen el trabajo de formar juicio sobre los hombres ni sobre sus hechos, sino que marchan ciegos y como fascinados lamiendo la huella de los favoritos de la fortuna!

1878.

LA ELECCION PRESIDENCIAL.

—

AL DIA SIGUIENTE.

—

SEGUNDA CARTA Á ANDRES.

—

Qué ansiedad, Andres mio ! qué espectativa tan cruel para los que viven pendientes de la cosa pública ! !

Un dia zavarcistas, otro dia alcantaristas, y en un mismo dia las dos cosas á la vez, segun el alza ó baja de las probabilidades.

Pero por fin, el 27 de Febrero á las 4 de la tarde, publicada la eleccion,

terminaron las vacilaciones, y se han pronunciado, sin reservas, y con toda la independencia del carácter republicano, por el general Alcántara: salvo algunas excepciones dignas del mayor respeto.

Hoy cada cual forja su hoja de servicios á esta candidatura, y fija la fecha de su filiacion con todo el atraso posible.

Temo que resulte al fin lo que dice el Evangelio—"que el último será el primero y el primero será el último," pues veo que piden, y obtienen mayor recompensa los incorporados de la víspera, que aquellos mismos que iniciaron la candidatura y trabajarón con fé sincera por su triunfo.

No vayas á pensar que estoy resollando por la herida, pues ni yo hice nunca nada que valiera recompensa, ni en caso tal, tendria el derecho de aspirar á cosa alguna.

Tú sabes que yo tengo en política el pecado original, y que ya soy viejo para recibir las aguas del bautismo.

La ciudad está llena de caras estrañas: hasta los muertos han venido á la feria de los destinos públicos.

Pero como un axioma de física nos enseña que dos cuerpos no pueden ocupar el mismo lugar, temo mucho que no alcancen los destinos para principiar, si no se acomodan los pretendientes, como buenos amigos, á razon de diez en cada uno.

Qué lástima, Andres, que no se siguiera mi programa de Gobierno para asegurar la paz y el bienestar comun —*Un empleo para cada venezolano y un sobresueldo para cada empleo.*

Aun pudiera regalarse con más de uno á los muy connotados, que no seria cosa nueva, ni carga que abrumara sus hombros por muy débiles que fuesen.

Gran chasco les ha dado Guzman Blanco á todos aquellos que se preciaban de adivinos, y que, á vuelta de mil conjeturas, vinieron á deducir como evidente, que retendria el poder, apoyándose en sofismas legales.

Guzman Blanco ha descendido del poder magestuosamente: he dicho mal *descendido*, que más bien se eleva, quien acata la ley y proteje la libre voluntad del pueblo.

Yo nunca le he visto tan encumbrado como ahora, que ha tomado asiento en el estrado de la ciudadanía.

Ese es el trono de la República.

En fin, amigo mio, la transicion se ha efectuado felizmente; cumpla el Magistrado sus deberes y cada cual los que impone el patriotismo; rodeemos al nuevo Gobierno, no como rodean las sardinas á la carnada, ansiosas de devorarla, sino como esos otros peces benéficos de que hablan las cró-

nicas marinas, que marchan al costado de las naves para auxiliar á los tripulantes en caso de conflicto.

No pidamos nada. Dé cada uno lo que posea: este su prestigio, aquel su experiencia, el otro sus talentos, y el que nada tenga, como yo, preste el concurso moral de su buena voluntad.

Así salvarémos la República.

Pero, hablando de otra cosa, ¿sabes quién está aquí?—Artíles! ¿Recuerdas las atrocidades que decia?

Pues bien, se ha venido en la arribazon, con la divisa de alcantarista, y la lleva nada ménos que en la cinta del sombrero.

Ayer le vi en el circo ecuestre, siempre charlatan y embustero: no ha variado nada: solamente de opinion: ni eso mismo, porque él no ha tenido ninguna; siempre ha estado como aque otro que andaba con un corte de pa-

ño al hombro, esperando la última moda para hacerse una levita.

Ahora crée que ha llegado la última moda; solo le falta un buen sastre, y ese será el que le dé un empleo, que le ajuste á la medida de sus despilfarros.

Tambien ví en el circo al general Malatesta: ha venido, ¡quién lo pensara! de diputado, y cosa rara – no conoce el Estado que lo elijió, y más sorprendente todavía – el Estado tampoco lo conoce á él ni de nombre.

—¿Y cómo pudo salir? – me preguntarás.

—Muy fácilmente – porque lo conocia el que formó la lista: con eso basta.

¿Y quieres que te lo diga todo de un golpe? Así viene sucediendo hace mucho tiempo. En lugar de que los Estados elijan á los diputados, son los diputados los que elijen á los Estados que quieren representar. ¡Mira qué progreso!

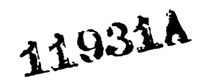
Me dijo que se habia propuesto no hablar en las Cámaras. Si persevera en su propósito, lucirá mucho, porque callar es lo único que puede hacer él con bizarría, fuera de que en los Congresos, vale ménos lo que se dice que lo que se obra.

Quizá así logre alcanzar reputacion de erudito y elocuente, pues aquí tienen por sabio y gran pensador á todo hombre taciturno y reservado.

Reputaciones conozco yo, que se han formado con cuatro monosílabos, y si añaden un sorbo de rapé á tiempo, un cuello que toque las orejas y una corbata de resorte, ya no halla la fama y el aplauso de los necios donde ponerlas.

Como verás, el circo ecuestre es el punto de reunion de los forasteros y de los que no lo son.

Decaido el gusto por las bellas artes, hemos vuelto á la admiracion de la fuerza.



Se anuncia un espectáculo de leones feroces, y espero, en la pendiente que llevamos, que no cabrémos en el teatro.

Yo me esplico la concurrencia al circo, no por admirar la belleza de los caballos, ni lo sabio que son aquellos brutos, pues aqui abundan sabios mas brutos que ellos; sino por la destreza en los *volteos*, que es en verdad lo sorprendente.

Los más van por aprender algo, si bien tengo para mí, que en los volteos podemos dar lecciones á la compañía Carlo.

Conozco acróbatas tan hábiles en nuestra sociedad, que se vuelven y revuelven en el aire, sin tocar el suelo, con la mayor limpieza, si limpieza cabe en este género de suertes.

Y hasta mujeres he visto más ágiles que Miss Victoria, y de las cuales, para no alargar este discurso, digamos en coro con el lector. "Dios nos salve el lugar."

1877.

LA INSTRUCCION PRIMARIA.

—

—En este país todo el mundo tiene talento y disposicion para todo – me decia Don Cándido en dias pasados, y para probármelo me añadió:

—Vea U. á Pepe mi hijo; se dedicó á la relojería, y ántes de tres años, ya sabia darle cuerda á cualquier reloj por grande que fuera.

—¡Qué genio! —le dije yo.

—Sí señor, pues no es nada eso, sino que cuando su padrino fué gobernador, le dió un empleo en la gobernacion, y mire, señor, desde el primer dia en-

tró ganando su sueldo admirablemente, como cualquier empleado viejo.

—Hombre! ese es un muchacho de esperanzas!

—Ay señor, si no hubiera caido aquel gobierno, ya Pepito hubiera llegado á gobernador, porque daba gusto verlo como venia tan entusiasmado con sus ochenta pesos de sueldo cada quince dias.

Yo me hubiera reido de Don Cándido, pero recordé que hai muchos Pepes en este país.

Aquí todos somos aparentes para los destinos públicos y cobramos un sueldo con habilidad. Venimos al mundo con esa vocacion.

Les llevamos en eso mucha ventaja á los europeos.

Verdad es que no somos tan exigentes. Allá se necesitan conocimientos para el servicio público y es una carrera de honor.

Aquí es una carrera de baqueta.

Un hombre que conserve veinte años un destino público, queda mas magullado que si le dieran veinte palizas. Cuántas genuflexiones! cuántos colores! cuántas protestas y contraprotestas!

Aquí para desempeñar un destino con provecho, no es preciso entender una palabra de nada: basta con saber dar cuerda á cualquier reloj, con haber deseado el triunfo de la última revolucion que se haya consumado en el país, y si ha estado en la cárcel, mucho mejor. Oh! la cárcel es la gran escuela: de allí se sale apto para todo.

Aquí no se forman hombres para nada.

Yo he conocido un ministerio de médicos; parecía una junta de sanidad: seguramente á eso se debieron los grandes males que sufrió la patria.

Antes hubo una Corte en que predominaba la misma ciencia.

En ese tiempo se analizaban las leyes por procedimientos químicos.

De ahi que muchas veces se tragaban sus decisiones con la misma dificultad que las píldoras.

Cuentan que un individuo, al saber que había sido nombrado para un empleo de hacienda, preguntó si era de caña ó de café.

Unicamente se han exigido algunas cualidades á los profesores de instruccion primaria. Ya se vé, es un ramo tan importante!

Y eso mismo, no ha sido en todos tiempos, ni siempre se han exigido las mismas dotes.

Hubo un tiempo en que no se podía optar á una escuela, sin poseer tres cualidades.

La primera y principal era no tener qué comer.

Parece que este trabajo es como el

canto, que no se ejecuta bien, sino con el estómago vacío.

La segunda era no saber leér ni escribir.

Los encargados de la instruccion se ceñían estrictamente al proverbio que dice "*el mucho saber perjudica.*"

Si se tenía alguna instruccion, era tiempo perdido toda diligencia, aunque fuese muy sobresaliente en la primera cualidad.

Hubo individuo que comprobó haber vivido tres meses sin comer, con firmas de hombres muy verídicos y respetables, (que son los que com prueban todas las mentiras) y sin embargo, no logró la plaza porque era algo letrado.

Muy bien hecho! ¿Cómo podia enseñar á leer y escribir un hombre que sabia hacerlo?

¿Qué gracia habria en eso tampoco?

Lo que tiene mérito es enseñar sin

saber; eso es lo que prueba el talento patrio.

La tercera cualidad, y la más fácil por cierto, era tener hijos. Sin ser padre de familia no se podia ser buen preceptor.

Y es muy claro, que sin tener hijos no se puede educar á los agenos.

Esto era en cuanto á los varones.

Para las hembras eran distintas algunas condiciones.

La no envidiable virtud de la pobreza, era siempre un gran título.

La ignorancia, tan indispensable en estos casos, era tambien muy importante, aunque no de absoluto rigor. Podia tolerarse un poco de instruccion en una maestra, con tal que no fuera mucha.

Pero la gran cualidad, la que por sí sola llenaba todas las condiciones, era el ser hermosa ó tener hija que lo fuese.

Debia de haber una belleza en la

casa para que la juventud adelantara.

Eso es muy justo. Una maestra es un modelo, y un modelo debe ser siempre correcto en todos sus detalles. Si á la belleza se añadia un carácter franco, la diligencia estaba muy adelantada.

Pero no estaba todo hecho; faltaba un corolario para triunfar de toda competencia.

—¿Cuál era este?

—Contar con la proteccion, desinteresada por supuesto, de algun miembro del Concejo Municipal, del Gabinete ó de cualquiera otra corporacion.

Si no habia en algun alto cuerpo, un miembro influyente que apoyara la solicitud, no se conseguia una escuela por nada de este mundo.

El favor valía más que todo merecimiento, como sucede siempre.

Por fortuna las cosas han variado. Las escuelas principales estan bien servidas, y hasta en los campos es fácil encontrar profesores qne sepan leer y aún escribir con ortografía ; y no serian casos raros, algunos verdaderamente instruidos.

Ojalá sigamos así para que no se anulen los esfuerzos, dignos de todo encomio, que hace nuestro Gobierno por salvar este país de los infinitos males que acarrea la ignorancia.

1880.



EL ORGULLO.

Yo no sé por qué colocan el orgullo entre los defectos, cuando á mi ver, es una de las propiedades del corazon humano.

Todo hombre es orgulloso: hasta los humildes fundan en serlo su vanidad.

En el fondo del corazon duerme el gérmen del orgullo esperando la ocasion para despertar.

Hay orgullos legítimos y orgullos necios; pero en estos últimos, el pecado no está en el orgullo, sino en la necedad.

El hombre mas llano no puede dejar de sentir superioridad en ciertos casos, y lo que se siente se expresa, so pena de incurrir en otra falta mas grave que el orgullo--la hipocresía.

Pongamos un ejemplo:

Suponed á un hombre absolutamente llano, sin ninguna pretension: para esto es preciso tomarlo pobre y que no descienda de marqueses; tambien es preciso que nunca haya escrito para el público, ni siquiera una necrologia.

Este hombre ha vivido siempre en una oscura modestia, ganando el pan de su familia con su trabajo. Es un hombre de bien.

Pero un dia sube al poder un pariente de su muger ó un amigo agradecido (suponed que existen estos amigos tambien) y sin buscarlo ni pensarlo, recibe un nombramiento de Gobernador.

No digais que voy poniendo cosas

imposibles; admitid que un destino puede obtenerse sin prévia y asidua solicitud.

Nuestro hombre recibe el despacho: el primer movimiento de su ánimo es de repulsion, y con el mas ingénuo desden entrega el papel á su muger.

Le parece mucho ser Gobernador, aquello es subirlo á las nubes por los cabellos.

No acepta, ni siquiera piensa en eso.

La muger, que es hija de Eva, al leer el papel ha palidecido y no opina del mismo modo: ella ha pensado en el sueldo, *en las ovenciones*, en las ínfulas; en fin, en que la muger del Gobernador es la señora Gobernadora.

Aquí se repite la escena del paraiso, y Adan, siempre Adan, oye las seducciones de la muger.

Ella le hace esta reflexion. —No ha

sido Gobernador Perucho? No lo fué don Andres, aquel viejo imbécil y corrompido? No lo fué Fulano, que no sabia firmar? Léjos de subir, tienes que bajar para igualarte á tus antecesores.

El hombre medita.....

La muger insiste.

—¿Tú crees que te dan mucho? ¿qué es una triste Gobernacion? Tú mereces mucho más.

El hombre toma la noche para reflexionar.

Un gran dolor de cabeza no le permite conciliar el sueño: tiene fiebre.

Es la soberbia, en el período de la gestacion, que le produce ese trastorno.

De un lado ha puesto los deberes del empleo; del otro los honores, el sueldo, las consideraciones. Piensa en un *Te Deum* presidido por él: piensa en que le echarán la llave el Juéves Santo: piensa en que le llamarán

usía; en el baston con borlas; en una proclama que va á hacer furor, escrita por un primo poeta que sabe decir muchos piropos: piensa en que va á cambiar de nombre, porque nadie le llamará don Roman, sino el señor Gobernador: piensa en fin, todo lo que pensaríamos el lector y yo en igualdad de circunstancias.

En esa noche tremenda se obra la gran transformacion:— la serpiente triunfa, la manzana se come.

Don Roman acepta.

Amanece comprando casaca, guantes, sombrero de copa alta, botas y baston.

Por primera vez en su vida se pone un cuello parado; la muger lo peina de un modo raro y le retuerce los bigotes.

Don Roman se transforma físicamente; tanto, que un hijito suyo que le mira andando en el escaparate, al entrar en el aposento, sale despavo-

rido gritando—Mamá! en tu cuarto está un ladron!

La vecina, que ve salir al desconocido y que, como vecina, ve más lo malo que lo bueno, se queda pensando en aquella visita que, tan temprano, ha recibido la mujer de don Roman, y aumenta sus sospechas al verla en la ventana, recreándose en la magestad con que camina el donoso caballero.

Don Roman va derecho á prestar el juramento; á ser ungido Gobernador.

Cumplida esta formalidad, se asoma á un balcon y empieza á ver los hombres como si estuviera montado en la luna–chiquiticos y de distinta forma.

Dos caballeros que van de brazo le parecen una garrapata y un bachaco, cuando en realidad son un empleado antiguo y un comerciante moderno.

Los caballos le parecen burros: él sueña ya con uno de Normandía. ¡Un

Gobernador en el caballo mas grande del pais, andaria con los piés á rastras! En un minuto se ha hecho gigante.

Se instala por fin el Gobernador en el círculo oficial; entra en nuevas relaciones.

Desde ese dia ya nadie conoce á Don Roman, ni Don Roman conoce á nadie, ni él mismo se conoce: su historia data del juramento: de atras, no tiene sino una memoria vaga de un tal Roman antidiluviano; algo así como las reminiscencias de un alma trasmigrada á otro planeta.

El Gobernador cree firmemente que siempre ha sido Gobernador; que aquello le viene por herencia y que trasmitirá la Gobernacion á sus hijos.

En todos los periódicos y en todos los discursos se oye llamar el *digno* Gobernador, el *ilustrado* Gobernador, el *activo* Gobernador, y eso le quita

hasta la mas vaga memoria del pobre Roman.

Don Roman cambia el andar, muda el gesto, alza la mirada y mantiene el cuello erguido. Habla más alto y con cierto énfasis altanero, poco simpático, pero muy oficial; en una palabra, el orgullo se ha apoderado del modestó y humilde Don Roman.

Todos sus amigos le censuran y se irritan de aquel cambio. Yo lo encuentro muy natural: porque admito el corazon humano como está formado. Ni los códigos ni la crítica bastarán á reformarlo.

Por otra parte, Roman, con su vista baja, con su vestido descuidado, con su voz suave y su andar humilde, estaba muy bueno para Roman; pero un Gobernador parecido á Roman, no encontraría quien le obedeciera.

El orgullo pues, es natural y está siempre á la altura en que colocan

al hombre las circunstancias ; por eso he dicho que dormita en el corazon para despertar y crecer en la ocasion propicia.

Pero observo que en el ejemplo se me ha ido el artículo, y que en vez de desarrollar mi tema sobre el orgullo, he desarrollado un Gobernador.

Vale lo mismo para el lector, que puede cambiar el mote.

A mí me bastará con que le haya entretenido.

1877.

LA MENTIRA.

—

Voy á explotar la mentira en provecho de la verdad.

La mentira es la invencion más ingeniosa del hombre.

Digo mal – debe ser invencion de la mujer á juzgar por la habilidad con que la maneja.

Solo la sutileza de la mujer pudo descubrir que habia algo *más útil* y *más hermoso* que la verdad.

La verdad era demasiado amarga y pareció mejor sustituirla con la mentira, cuya dulzura se adapta á todos

los gustos, como el maná de los Israelitas.

La verdad es la realidad, siempre descarnada.

La mentira es la ilusion, siempre revestida de galas encantadoras.

La mentira ha adquirido en las relaciones sociales un valor convencional, como la moneda: todos saben que no vale la cantidad por que circula; sin embargo, nadie la rechaza.

En ninguna parte ha logrado la mentira imperar como entre nosotros: puede asegurarse que la verdad está proscrita como si fuese un crímen proferirla.

Pero es necesario disculparnos de esta falsedad.

Si no hubiéramos hecho esta reforma no tendríamos por millares:

Poetas *inspirados*,
Oradores *elocuentes*,
Dramaturgos *fecundos*,
Militares *bizarros*,

Estadistas *eminentes*,
Artistas *célebres*,
Caballeros *respetables*,
Periódicos *independientes* y
Colaboradores *talentosos*.

Hágase á cualquier ignorante Ministro y al dia siguiente aparecerá *ilustrado*.

Hágase á un jorobado Juez y amanecerá *recto*, sin que esto le impida doblegarse alguna vez.

Oh! la mentira realiza prodigios!

¡ Desgraciado del hombre que diga la verdad!

Principiará por no encontrar un creyente, y terminará por ser apedreado.

Dígale U. á una mujer que se pinta, que es coqueta ó fea:

Dígale á un empleado inepto que no cumple con su deber:

Dígale á un poeta ramplon, que sus versos son malos:

Diga U. que no hay buena fé en nada ó que caminamos con los ojos cerrados hácia el abismo :

Diga U. cualquiera cosa que todos palpen, y oirá como le gritan – calumniador ! embustero ! pesimista ! envidioso ! malvado !

Yo, que me sé de memoria estas cosas, me dejo llevar por la corriente, y como á todo el mundo le digo que tiene mucho talento, y como alabo todos los versos, y celebro la hermosura de todas las mujeres y el ingenio de todos los artistas, estoy reputado como el hombre de mas recto juicio y de apreciaciones mas imparciales. Nadie apela de mis fallos.

La sociedad, sin la mentira no podria existir.

—¿Qué es la galantería?

—No es más que la mentira en traje de corte.

—¿Qué es la amistad, llamada – divinidad tutelar y manantial de consuelos?

—No es sino la ruin cortesana de la fortuna.

Observad el espantoso vacío que se forma en torno de todo aquel que cae en el abismo de la desgracia.

—¿Qué es la caballerosidad?

—¿Qué es la decencia?

—No son otra cosa que la ostentacion ó el cálculo vestidos á la moda.

La hipocresía, que tantas reputaciones ha encumbrado, no es más que la mentira en su forma mas suave y mas sagaz.

El mejor ciudadano será siempre el que engañe mejor al público, lo cual se consigue con hablar despacio y suave; saludar á todo el mundo con una sonrisa benévola; oir misa en el presbiterio y ser miembro de cuatro cofradías.

El mejor servidor no será nunca el que llene mejor sus deberes, sino el que alabe más la estupenda capacidad del superior.

El mejor marido no será el que realce por su buena conducta el nombre de la familia que forma, sino el que engañe mejor á su mujer, con la flor que acaba de recibir de mano impura ó con caricias estudiadas.

El mejor discípulo no es el más estudioso, sino el que adula más á los maestros ó el que paga mejor.

Todos los premios son para ese niño.

De todas estas observaciones resulta que la mentira es el gran eje sobre que gira la sociedad.

Muchos viven engañando á uno para explotarlo.

Uno vive engañando á muchos para explotarlos.

Y en suma, todos los hombres se engañan y se explotan mútuamente.

Desgraciado de aquel que no sepa engañar, porque ese no tendrá desquite en la partida!

Diciembre 30 de 1877.

EL LICOR.

A LA SEÑORA NATIVIDAD GARCIA DE FERNANDEZ.

Te dedico este cuadro porque lo principio con un recuerdo de tu familia. Acepta este homenaje de aquel niño que se durmió tantas veces en tu regazo.

Yo tenia cuatro años cuando mi cariñosa madre me llevó por primera vez á pasar unos dias en el campo.

Fuimos á un trapiche llamado *Caracarapa*, propiedad de una excelente

familia que me idolatraba, de la cual solo quedan restos dispersos.

El tiempo y la muerte han destruido aquel hogar feliz, pero vive en mi memoria el dulce recuerdo y en mi corazon el agradecimiento.

Yo me fijaba mucho en todas aquellas cosas, nuevas para mí, sobre todo en las cañas blandas y dulces de aquel campo y en las raspaduras de azúcar.

De ahí data mi aficion á la agricultura.

Habia una yunta de bueyes, únicos que labraban aquel pequeño campo.

Se llamaban *Sajarito* y *Pichon.*

Yo me habia hecho amigo del gañan y siempre estaba con él.

Me admiraba mucho de ver que aquellos animales tan fuertes y provistos de enormes cuernos, se dejasen apurar réciamente por el gañan, que

á fuer de amigo los acariciaba al tiempo de enyugarlos.

Despues he comprendido eso perfectamente.

Los nombres de aquellos bueyes se grabaron de tal manera en mi memoria, que despues de cuarenta años que no los escucho, aun puedo pronunciarlos con el mismo sonsonete que el gañan de Caracarapa.

Asi se explica que al ver un par de beodos, á quienes el aguardiente á manera de conyunda, une con el lazo de la mas estrecha amistad, no pueda ménos que acordarme de Sajarito y Pichon.

Constantemente van y vienen por mi calle dos seres irracionales con figura de hombres, que llaman mucho mi atencion.

El uno blanco, grueso, y manso se me parece á Sajarito.

El otro tostado, flaco y risueño se me parece á Pichon.

Cuando yo los veo venir en estrecho brazalete, buscando así, que del desequilibrio individual, resulte el equilibrio colectivo, me he dado á muchas reflexiones.

***

El licor, como el infortunio, dispone el ánimo á la fraternidad entre sus adeptos.

Digo más:

El licor es un símbolo de alianza.

Dos hombres terminan una querella, que ha podido llevarlos á la extremidad de las armas.

Las explicaciones han disipado el enojo, pero falta algo para restablecer completamente la armonía.

Es preciso cruzar dos copas para sellar el pacto de la nueva alianza.

Una vez apuradas queda borrado el incidente.

*
* *

Se puede comer solo con gusto, pero beber solo jamás.

Es una falta que necesita cómplice para disculparse.

El hombre mas mezquino busca siempre un compañero para tomar un trago. Es posible que se lo haga pagar al convidado: esa es otra cuestion.

Pero si no hay á quien decir levantando la copa – "*á su salud*" – vale más no beber.

El licor es como el amor – pasion de plural – si no hay á quien decir – "yo te amo" – de nada sirven la ternura del corazon ni el ardor de la sangre.



Los amantes del licor forman una comunidad mas universal y mas numerosa que la masonería.

El que exprimió la primera uva, sea

Baco ó quien fuere, ha tenido mas compañeros que el maestro Hiram.

Los masones necesitan una señal para reconocerse, y cualquiera puede negar que pertenece á la gran familia.

Al paso que los hermanos de Baco no necesitan hacer ninguna señal para ser reconocidos.

Todos la llevan en la punta de la nariz ó en los ojos brillantes y enrojecidos.

Hay algo siempre en la fisonomía del beodo que va diciendo á todo el mundo – *Ego sum.*

Un individuo de la cofradía llega á una tertulia numerosa dividida en varios grupos.

Uno de ellos se compone de *espiritualistas.*

El recienllegado pasea una mirada en torno y, sin más guia que el instinto, se imcorpora á sus compañeros.

Estos le reciben como amigo, sin haberle visto jamás.

Un nuevo alumno es una nueva copa: se pide en el acto.

La conversacion es sobre el vapor y van á beber á la salud de su inventor, del gran Fulton.

El recienllegado quiere asegurar su puesto en la asamblea y dice:

—No señores, ántes de Fulton era conocido otro vapor más importante de donde acaso tomó su idea.

—Cual? cual? – preguntan todos.

—¡El vapor del alambique!

—Bien, muy bien!

—Bebamos por el inventor del alambique, inspirador de Fulton!



El licor ha hecho un gran papel en el mundo.

Cuántas de esas que se llaman grandes hazañas, no han sido más que grandes borracheras!

Cuántos generales han bebido su táctica y sus planes de batalla en una botella de licor!

A falta de valor, han tenido el arrojo inconsciente del que no sabe lo que hace.

¡Y han triunfado!

El éxito de esas empresas locas despierta mucho interés y crea muchos imitadores.

Por eso hay tantos jefes que ponen sus ejércitos bajo los auspicios de Baco y no de Marte.

Ah! si se contaran los desastres que ha producido el licor!

Pero no se cuentan sino las hazañas!

***

En el dia el licor se ha hecho un ramo de educacion.

¿Quién se atreve á decir que no toma cerveza?

Seria lo mismo que decir—"yo soy un salvaje."

Un jóven del gran mundo no luciria ninguna erudicion citando á Homero, ni á Tácito, ni á Newton ni á Santa Teresa.

Lo que dá importancia en una tertulia, especialmente de hombres, es citar, entre los teólogos al *Papa Clemente*, al *Padre Kerman* ó á *San Julian-Medoc.*

Si la cuestion es de geografía ó de viajes, es necesario citar á *Valdepeñas*, *Oporto*, *Alicante*, *Cognac*, el *Rin* y *Burdeos*.

Si se trata de los personajes que han levantado mas alto el espíritu humano, es preciso citar á *Pedro Jimenes* y á la *Viuda Clicquot-Ponsardin*.

Esta erudicion moderna es causa de muy grandes desgracias.

Adolescentes hay, que para hombrearse, se toman un vaso de licor

en el lugar mas público. Ellos dicen que es preciso que la boca huela á boca de hombre.

Así, no parecerá inverosímil que en cierto baile, la sala danzara al rededor de algunos jóvenes, en lugar de danzar ellos al rededor de la sala.

***

Yo intenté escribir una sátira amarga contra el licor, que contuviera á tantos jóvenes, que por preciarse de hombres de mundo, van por esa pendiente marchando á la última mise ria; pero no me han salido sino estos párrafos desaliñados.

Lo siento, porque yo queria demostrar que si todos los vicios son funestos, ninguno arroja al hombre en un abismo mas profundo.

El hombre dominado por el licor pierde el amor á la familia y al trabajo.

Pierde su fortuna y la estimacion y el respeto de los demas.

Y finalmente, pierde el imperio sobre sí mismo, que es despojarse de todos los atributos de hombre.

***

Me parece ver á Sajarito y Pichon leyendo este artículo y entablar el siguiente diálogo:

Sajarito.—Este artículo merece un trago.

Pichon.—Soy de tu opinion: vamos con él.

(*Cinco minutos de intervalo.*)

Pichon.—Sabes que quiero repetir el artículo de Justo?

Sajarito.—¿Para qué?

Pichon.—Para volver á celebrarlo.

Sajarito.—Magnífica idea! pero debemos celebrarlo con vísperas—un trago ántes y otro despues!

Pichon.—Lo tomaremcs por texto del dia!

Duo.—¡A la salud de Justo!

Reid de mí, insensatos—yo os compadezco!

1880.

ARTICULO DE COMERCIO.

—

Pesas, medidas y calidades.

—

El comercio es un campo de batalla, –en un bando los vendedores, en otro los compradores.

Estos eternos enemigos ofrecen una gran particularidad y es que, si no se aman precisamente, por lo ménos no se aborrecen.

No se injurian, ni se repelen, sino se atraen, se galantean, se enamoran.

Son como los luchadores, que se abrazan para derribarse.

En los combates, no brilla el acero sino la astucia.

El odio no ejerce ningun papel, por que la batalla no es del hombre, contra el hombre, sino del hombre contra el bolsillo, y los bolsillos no despiertan rencor sino avaricia.

No hay pues pasiones de por medio, sino intereses, pero como el interés anda siempre en desacuerdo con la justicia, la lucha tiene que ser eterna.

Solo hay tres casos en que el comprador y el vendedor se entienden sin discusion.

1°. Cuando no cuesta nada lo que se vende.

2°. Cuando no se piensa pagar lo que se compra.

3°. Cuando es otro el que paga.

Fuera de estos casos, que no son muy raros, tiene que haber lucha para fijar el precio convencional de las cosas.

He dicho *convencional*, porque yo sostengo que no hay valor intrínseco.

Cada cosa vale segun la estiman el que la posée y el que la necesita.

No creo tampoco en la estimacion de expertos, porque he visto algunos que no han sabido estimarse á sí mismos.

He conocido peritos de oficio, que ántes de fijar el precio de un objeto, han estipulado el suyo.

Son pues los contratantes los únicos avaluadores competentes.

Las exigencias del comprador han ido estrechando al vendedor y aguzando su astucia.

El uno se ha dado artes para reducir los precios, el otro para reducir la cantidad y la calidad de la mercancía.

Estas dos reducciones han venido á encontrarse en un término absolutamente proporcional.

Los precios han bajado, pero obsérvase que—

la libra de hilo ha bajado á 12 onzas,

la libra de velas á 11,

la arroba de pasas á veinte libras.

Y así sucesivamente.

Las telas de hilo bajan en razon de la mezcla de algodon que se les pone.

No ha mucho tiempo que comprando yo un quintal de clavos, disputaba con el vendedor en estos términos.

—Mi amigo: este barril de clavos no está completo.

—Si, señor, me replicó, tiene noventa y cinco libras.

—Pues eso digo yo, que le faltan cinco.

—No, señor, porque un quintal de clavos pesa noventa y cinco libras, me contestó magistralmente.

Despues de esta leccion de aritmética, pagué mi dinero completo.

Desde ese dia he variado mi modo de comprar.

Antes de preguntar cuanto vale

una arroba de carne, por ejemplo, pregunto ¿cuántas libras de carne me dá U. por una arroba?

Afortunadamente mi proveedor es hombre de conciencia y nunca me dá mas de veinte libras--eso si, completas.

Ya sé que su quintal tiene cinco arrobas, y puesto que es mas grande que los otros, lo prefiero.

Una cosa parecida me sucede con los lecheros. Oh! esas cantimploras ambulantes me dan mucho trabajo, no precisamente por la leche sino por el agua.

Y no es que yo busque leche pura por las calles, que jamás pretendo imposibles: yo me conformo con que el agua sea pura, no de cloacas, y con que el poco de leche que le mezclen no sea de javillo.

Yo pregunto ¿cuánta leche contie ne una botella de agua? Si tiene siquera la mitad, es inmejorable.

Tampoco soy exijente con el vino: me conformo con que tenga buen sabor y no me haga daño.—Jamás he averiguado su pureza, y mucho ménos desde que en la patria de las viñas he oido decir – "aquí se hace vino con todo – hasta con uvas!"

Tampcco sé si me gustaria puro: sospecho que no, y me fundo en un caso que me ha sucedido.

Hélo aquí. Me propuse hacer voto de pobreza, y como no habia conventos me hice agricultor, que era lo mismo para satisfacer mis deseos de andar descalzo y comer legumbres.

Entre otras provisiones que pedí á mi comisionista, me envió un gran pote de café molido, muy barato: procedia de una fábrica muy acreditada que le mezclaba, á lo sumo, dos tercios de maíz tostado.

Era pues un café muy regular: sin embargo, no me gustó: pensé rechazarlo, pero como un agricultor no es

dueño de darse todos sus gustos, me resigné á tomarlo, contando con la ayuda muy eficaz de la cocinera y su larga parentela, para que se acabara pronto.

Al cabo de algunos dias el café me parecia excelente: ya me habia aquerenciado con su sabor de gofio.

Pero un dia me supo amargo, detestable y no pude tomarlo.

Llamé á la cocinera y le pregunté:

—¿Qué diablos tiene hoy este café, que no puedo pasarlo?

—Nada-me respondió—es café de primera, acabado de tostar, porque el de maiz se acabó.

—Eso debe ser-la dije avergonzado-tengo que aprender de nuevo á tomarlo puro.

Si esto me ha sucedido con el café ¿qué me sucederá con el vino?

Pero veo que he escrito mucho y no he dicho nada y temo que en las

próximas elecciones me hagan Senador.

Yo pretendia demostrar que la calidad y cantidad de los objetos de comercio, tienen que estar en relacion con el precio que se quiere pagar, y que por tanto, lo que á la simple vista parece un fraude, es una convencion entre compradores y vendedores—sin que esto quiera decir que las convenciones no sean fraudes algunas veces.

Lo bueno es caro, lo barato tiene que ser malo. La gente quiere lo bueno barato, pues no hay más remedio que convertírselo en malo; luego el fraude nace del comprador.

Vaya un cuento.

Yo tengo un pariente en cuya mesa suele haber mas gente de la que invita á comer.

Cada vez que llega un huésped inesperado, toca la campanilla: ese campanillazo advierte á la cocinera que

debe ponerle una taza de agua á la sopa.

Cuando la reunion es numerosa, la sopa se convierte en un mar, donde el pescar un grano de arroz, es tan difícil como pescar una perla.

En el comercio cada peso que se rebaja es un comensal inesperado que llega.

Yo encuentro eso muy natural.

Lo que es intolerable, es lo que sucede en otros paises – que se marcan, por ejemplo, 28 varas sobre una pieza de género que solo mide 25; porque miéntras más vende el detallador mas pronto se arruina.

Yo respondo de que esto no lo hace ninguna de las respetables casas de nuestro comercio actual: pero hay quien diga que si llegara á suceder algun dia, no seria la primera vez.

1880.

COSAS DEL DIA.

TERCERA CARTA Á ANDRES.

Te escribo, Andres, porque en nada puedo emplear mejor el dia de fiesta, ya que no lo santifico en las cantinas, ni en otros pasatiempos inocentes, de los muchos que hay en esta capital.

Todo va marchando en paz y del mejor modo posible, y si no fuere á contento de todos, consiste en que el mismo Dios no ha encontrado la clave de todos los gustos.

La inconformidad parece ser una de las propiedades del alma, y tanto es así, que los filósofos, persuadidos de que la felicidad es imposible, la han cifrado en la conformidad.

Asi, no te alarmen las voces que dejan correr los descontentos con la nueva situacion.

Creeme á mí que te digo—Vamos bien, y espero que seguiremos lo mismo.

Y debes creerme, porque me encuentro hoy lo mismo que ayer y lo mismo que pienso estar mañana: siempre léjos del que manda, siempre exento de su privanza.

Los partidos que hasta ayer se disputaron la victoria en el palenque eleccionario, se han unido patrióticamente, con esa generosidad ingénita del corazon venezolano, donde los amargos rencores no se arraigan, aunque mucho los estimule el interés.

Algunos cambios se han hecho en el personal administrativo, pero ninguno qne signifique cambio de programa.

Tan patriotas son los que salen como los que entran, y todos persiguen el mismo ideal; aunque tengo para mí que en la política de nuestros tiempos no hay nada ideal – todo es real.

Es muy justo que el hombre que sube al poder llevado por un círculo, se rodée de ese círculo, siguiendo la célebre máxima de Rójas — "El que no manda con los suyos se suicida."

He aquí lo que significan los cambios: nada mas.

En el ramo de finanzas es donde se han hecho más nombramientes y debo añadirte – con gran aplauso, especialmente de los nombrados.

Uno de los caídos es don Bruno: perdió su aduana y está de duelo; pero como los duelos con pan son ménos, no se morirá de pesar.

Es una lástima que lo hayan relevado, porque ya, de tanto ver números y dinero, habia aprendido á multiplicar y sobre todo á partir; cuando entró al servicio público sabia hasta restar: algo adelantó en diez años.

El ha sentido separarse, porque se prometia, en otros diez, hacerse competente para el puesto.

Lo han sustituido con otro hombre bueno, y muy capaz tambien, de aprender algo, porque es aficionado.

No sabe, es verdad, pero nadie nace aprendido: ya verás, cuando lo cambien, como le vamos á sentir.

Este Gobierno alternativo tiene ese inconveniente, – que relevan al hombre cuando va aprendiendo á ser útil: pero ¿qué quieres tú? la patria es de todos; todos debemos comer; y ya que no puede ser á un tiempo, comamos unos primero y otros despues.

El que no cae nunca es don Cirilo!

Allí está donde le dejó tu abuelo,

donde le conoció tu padre, donde le encontraste tú y donde, probablemente, le dejarás.

El puede decir, parodiando á Napoleon—"Ciudadanos! desde lo alto de esta curul ha cuarenta siglos que os contemplo."

Es uno de esos hombres—porfiados que siempre están parados, como esos muñecos que tienen los piés de plomo y el cuerpo vano, que jamás se acuestan.

Y más bien que lo conserven en su puesto, porque al fin, ya maneja su negociado durmiendo; así es que, anque vive dormido en la butáca, su trabajo va andando, y si no anda muy de prisa, al ménos el sueldo, va que vuela.

Aquí está aquel viejo borrascoso que llaman por allá el capitan Centellas.

Está muy conservado; prodigios del licor!

Este hombre se parece á aquellas culebras que se conservan en el Museo; con la diferencia de que allá las culebras estan dentro del alcohol, y aquí, el alcohol está dentro de la culebra.

Trae cien cartas de recomendacion para que le consigan un empleo: por supuesto ninguna dice para qué sirve, ni si es hombre de bien ó inteligente, sino que es muy adicto al Jefe del Gobierno y que ha trabajado mucho en su eleccion.

Con eso creen algunas gentes suplir todas las aptitudes, y voy viendo que no se engañan.

Centellas me visitó y me entregó una carta. Seguramente supo que tuve mucha amistad con un Ministro actual, ántes de serlo.

Yo le pregunté:

—Vamos; y qué empleo solicita U.?

—Hombre, yo me conformaria con las Rentas de mi pueblo, ó con el Correo.

—Muy bien. U. sabrá bastante contabilidad y tendrá buena letra?

—No señor; no la tengo muy buena, ni muy mala siquiera; no sé leer.

—Ah! pues entónces no me parece U. muy á propósito para las Rentas, pero lo encuentro muy bueno para el Correo; está U. educado para el puesto.

—Y por qué? preguntó Centellas.

—En primer lugar porque U. no violará jamás la correspondencia.

—Oh! señor, cuando! imposible! Yo soy incapaz de violar nada.

—Sin embargo, yo quiero garantía, y el no saber leer vale más que una hipoteca.

Para abreviar el cuento, te diré que me puse el sombrero y llevé mi hombre y mi carta donde el Ministro.

Lo presenté diciendo lo que necesitaba y las aptitudes que tenia.

El Ministro, á pesar de ser Ministro, se sonrió, y me dijo :

—Segun eso, U. cree que el señor Centéllas puede servir un empleo ?

--Yo no creo nada, señor Ministro—le respondí—pero yo he visto tantas cosas en este país, que tampoco dudo nada. Además de eso, los venezolanos son por naturaleza inteligentes, y cualquiera puede desempeñar un empleo público, y si alguno hay que no sirva para eso, es porque no sirve para nada.

Diciendo esto le hice una reverencia y salí, dejando á mi recomendado ya en camino.

Hasta otro dia.

Marzo 18 de 1877.

LA MEJOR CARRERA.

—

Los padres se desvelan por dar á sus hijos lo que se llama una carrera.

Tontería! lo importante en la vida no es *tener*, sino *hacer carrera.*

Véase cuan pocos son los hombres que llegan á hacer fortuna con una profesion.

Eso viene de que es muy difícil acertar en la eleccion de una carrera que armonice con las disposiciones del individuo.

Por eso se ven con frecuencia:

Médicos, que no tendrian precio

para militares, pues para matar á un pueblo entero, no necesitan más arma que una pluma.

Abogados, que pierden todas las causas, y por último la clientela:

Curas, que en vez de ser pastores, son lobos de su grey:

Comerciantes, que viven mientras tienen capitales estraños que consumir en sus expeculaciones.

Y por el mismo estilo· cien casos.

Al mismo tiempo se vé que son más los hombres que no tienen propiamente carrera, industria ni oficio, y que sin embargo viven mejor y se elevan sobre los que la tienen.

Estas y otras observaciones que me callo, han venido á darme el convencimiento de que – la mejor carrera es no tener ninguna.

El que no sabe hacer nada, está en capacidad de hacer todo.

Pero el hombre que se dedica á un oficio — es un hombre perdido.

¡Desgraciado de aquel que aprende á hacer sombreros ó zapatos!

Tiene que morir en el taller.

Por grande que sea su aptitud para cualquiera otra cosa, al dar la menor muestra de ella, todo el mundo le grita—"Zapatero á tus zapatos."

Si alguien, conociendo su probidad y su patriotismo, le asoma como candidato para un puesto público, todo el mundo le rechaza diciendo:—qué puede esperarse de un zapatero?

La opinion se fija en cualquier holgazan, embustero, vicioso y algo peor–¿por qué?

—Porque entre sus muchas tachas, no está la de tener oficio! porque no ha cometido el crímen de aprender á hacer zapatos!

Tener oficio, pues, es renunciar á todo cargo honorífico; es desheredarse de todo derecho.

Por otra parte, desde que se aprende un oficio, se hace la intencion de

trabajar, y yo tengo visto que los que trabajan son tributarios de los que no trabajan, y prefiero tomar plaza entre los señores y no entre los vasallos.

Yo tengo tres hijos que son toda mi esperanza.

Desde que pensé abrirles camino por el mundo, destiné al primero para no hacer nada, y á los otros dos para que lo ayuden.

Por fortuna los muchachos tienen vocacion para seguir mis ideas

No quieren ir á la escuela: no quieren tomar la cartilla: tienen horror á las letras.

Están pues, libres de esa carrera, que es la peor de todas, en un pais, donde el hacer un verso, por malo que sea, ó un artículo superficial como este, es lo mismo que haber estado en presidio y quedar sugeto á la vigilancia de la policía perpetuamente.

Desde que presumo que mis hijos no sabrán nada, estoy tranquilo, porque los veo en camino de ser hombres importantes.

¿Para qué sirven las letras?

He conocido hombres de profundo saber, sumidos en la más espantosa miseria; relegados al más cruel olvido.

Acaso los habrian empleado en el comercio ó en otra industria, pero— *sabian tanto.....!*

En los puestos públicos son mas útiles los adictos que los inteligentes, y como hay tantos que se apresuran á protestar adhesion, sobre todo cuando no la tienen, nunca hay que apelar al recurso de emplear á un hombre, solo por su inteligencia.

¿Para qué hacen falta las letras?

Conocí un maestro de escuela, que hacia la siguiente explicacion:

—*Salchichon*, es una palabra com-

puesta del sustantivo *sal* y del aumentativo *chichon.*

Y sin embargo, tenia tres medallas en el pecho, en lugar de tener tres chichones por bestia.

Verdad es que el oficio no da para frecuentar los salchichones, y nadie conoce á fondo aquello que no practica.

Conocí un tribuno que escribia Gobierno con *v*, y á pesar de eso alcanzó los más encumbrados puestos.

He visto diputados que no sabian firmar, y no por eso dejaban de ser hombres de importancia, y su voto decidió muchas cuestiones graves, y fué un voto valioso, como podrian atestiguarlo aquellos que lo compraron.

A qué seguir? Obsérvese que aquí de los hombres sin carrera, sin educacion para nada, es que se han formado los hombres más notables.

No se me arguya con Várgas y Guzman Blanco que se formaron en las Universidades.

El primero, fué una excepcion; el segundo, es un hombre excepcional.

Dos casos especiales no pueden destruir la regla.

"La mejor carrera es no tener ninguna."

Noviembre.—1877.

LA HONRADEZ.

—

Yo no conozco una picardía mas grande que ser hombre de bien!

No comprendo como los pillos no han caido en ello.

Qué se proponen con sus pillerías?

Enriquecerse? ¿alcanzar una posicion social?

Pues eso lo conseguirian más fácilmente siendo hombres de bien.

Los pillos no han calculado que miéntras ellos están atisbando la ocasion de apoderarse de un negocio por

sorpresa, al hombre de bien le solicitan para entregárselo.

Por otra parte, los medios que emplea el pillo se van agotando; su camino es una pendiente que conduce á la abyeccion, á la miseria y á la cárcel.

Miéntras que la esfera del hombre honrado se va ensanchando: él marcha en una carrera ascendente, á la fortuna y á la consideracion social, que es la suprema corona del buen comportamiento.

Esto no quiere decir que algunos pillos no lleguen á adquirir fortuna y por consiguiente, respetabilidad, pero esas son *honrosas* excepciones de la regla.

En general, alcanzar una buena reputacion es adquirir un capital.

Es más todavía:

Es comprar una bula para que todas nuestras acciones sean bien interpretadas.

Vaya un caso práctico.

Un hombre bien conceptuado ha tenido á su cargo una obra pública:

Al concluirla presenta una cuenta enorme:

Todo el mundo avalúa la obra por la mitad de lo que cuesta al erario.

—Aquí se ha robado mucho !—dicen algunos que no conocen al honrado director de la obra.

Pero la gente que le conoce raciocina así:

"Don Honorato dice que ha costado el doble y debe ser cierto porque lo dice Don Honorato."

Entre tanto Don Honorato se ha guardado ó ha podido guardarse, impúnemente, la mitad de la suma que ha cobrado.

¡Oh ventajas de la hombría del bien!

Bernabé Díaz, aquel gran talento practico, de grata memoria, que hablaba siempre aforismos y verdades

extravagantes, decia que la honradez era contraproducente en ciertos casos.

—Jamas!—le repliqué alarmado.

—Oyeme—me dijo—figúrate un hombre que ha sido administrador de una aduana:

Robó ó no robó: eso lo sabe él.

Pero el público cree que ha robado muchísimo.....

—Porque el público es muy mordaz—le interrumpí.

—Porque el público no es tonto, y sabe que al que anda entre la miel.... En fin déjeme seguir.

¿Crees tú que al ex-administrador le conviene probar que no ha robado?

—Porsupuesto!

—Disparate!—me replicó, riéndose de mí—debe darse tono de millonario para que todo el mundo le considere y quedar de candidato para otro empleo más elevado.

Pero si deja ver que no robó, si se descubre que no tiene un centavo, todo el mundo le tendrá por un imbécil y será declarado, para el resto de su vida, incapaz de ejercer empleos de confianza—

Yo me espanté de las ideas de Bernabé, porque yo todavía me espantaba de algunas cosas.

Pero despues he visto tanto, tanto, tanto, como decia el otro, que he exclamado muchas veces:

—Bernabé tenia razon!

Con frecuencia oigo decir –*fulano es muy honrado* – de hombres ó mujeres de quienes yo tengo una opinion contraria.

Eso me ha obligado á averiguar cómo debe entenderse la honradez.

En absoluto debe considerarse como una piedra preciosa, brillante por todas sus faces – es decir – la honradez es el conjunto de todas las virtudes.

Pero no se entiende así en el mundo

– cada uno busca que la piedra brille por la faceta que le conviene – no importa que no esté pulida por las otras.

Para un comerciante la honradez consiste en pagar á tiempo.

Para probar la honradez de un hombre es necesario poner su firma en venta.

El precio que se obtenga, fija el valor de su crédito – del crédito se deduce la honradez – el efecto se convierte en causa.

Un hombre puede apalear á su mujer, abandonar á sus hijos, estafar en el peso y la medida, y á pesar de eso, ser muy honrado, porque paga con puntualidad!

Cuántos bribones hay que robando á todo el mundo se han puesto en capacidad de ser hombres de bien!

Y cuántos hombres, verdaderamente honrados, han pasado por pillos porque la desgracia los ha obligado á quedar insolventes!

Para los políticos la honradez consiste en la fidelidad á una causa: no importa que se abandonen todos los demas deberes.

Las mujeres, como las piedras, tienen tambien su faceta luminosa para juzgarse.

¿En qué consiste la honradez de la mujer?

He aquí una pregunta que le pone un tarugo en la garganta á cualquiera.

Ningun libro trae esta difinicion.

La honradez de la mujer consiste en una sola cualidad.

Una mujer puede ser embustera, irreligiosa, hipócrita y tramposa, y sin embargo de todo, ser muy honrada.

No seria extraño un marido que dijese–mi mujer derrocha mi patrimonio, descuida á sus hijos, es díscola y ociosa, pero todo se lo perdono porque es muy honrada.

Así pues, cada cual estima la honradez á su manera.

Casi es cuestion de conveniencia ó cuestion de gustos.

Sucede con esto como con las bestias.

Para algunos el mejor caballo es el más elegante.

Para otros, el más fino.

Para muchos, el más fuerte.

Conocí un viejo que decia—mi mula es tuerta, burda y fea, pero es muy buena, porque no se va de manos!

Cada cual piense lo que quiera.

El mundo siempre será el mismo.

Pero si algo puede servir de guia al hombre para proceder con acierto, es no olvidar nunca esta máxima:

—La mayor viveza es andar siempre por el camino real.

1878.

EL COMISARIO.

—

Hé aquí el empleado más importante de este país.

Es la última rueda de la máquina gubernativa y sin embargo es la primera con que tropezamos al movernos.

Es la mas pequeña y la que pesa más sobre todo el mundo.

El comisario está en todas partes, aun que solo se descubre en ciertos casos.

Dele U. un bofeton á cualquier pilluelo insolente y tenga U. *algo:*

en el acto se presenta el comisario á llevarlo á U. preso ó á pedirle una indemnizacion que satisfaga la vindicta pública.

El comisario, aunque muy severo, prefiere cobrar en dinero los bofetones: no está por la pena corporal.

Líbreme Dios de pensar que el producto del bofeton vá á ser divido con el muchacho!

Todo queda en la comisaría!

En cambio el mismo pilluelo le rompe á U. las narices de una pedrada: sale U. con los chorros de sangre buscando al comisario y no se deja encontrar en ninguna parte.

Tres dias despues, cuando la tintura de árnica ha satisfecho la vindicta pública y deshinchado las narices, encuentra U. al comisario: pero ahora viene animado de un espíritu de tolerancia muy laudable, y le convence á U. de que el chico es un tronera sin mala intencion; de que

no tiró á pegarle á U.; de que fué U. quien metió las narices y de que él es un bribon.

En el diálogo resulta qne el muchacho es hijo de una solterona muy honesta que vive al lado del comisario, y que probablemente le pagará la pedrada con costas, y tiene U. que sobreseer en el asunto.

Parece una exageracion lo que voy á decir.

Nadie puede vivir tranquilo en esta tierra, si no está en buena inteligencia con el comisario.

Los ministros, el gobernador, el prefecto no tienen á su lado ninguna importancia: son muy secundarios.

La razon es muy sencilla.

Esos altos personajes no se acuerdan de que U. existe; al paso que el comisario no piensa más que en U.

Desgraciado de aquel que se ponga de cuernos con el comisario!

Hoy le multa porque no barrió ;

Mañana porque no puso bandera ;

Despues porque botó agua sucia ;

Otro dia porque no asistió á la patrulla ;

Otro porque no concurrió á la milicia ;

Y en último caso le denuncia por sospechoso.

No hay más remedio que comprar la paz ó mudar de domicilio !

En los campos sucede todavia peor.

No hay más Dios ni más ley que el comisario : ejerce un poder absolutamente discrecional.

Todo el mundo está obligado á servirle de valde.

Hay que comprarle todo lo que él venda, aunque sea malo y caro ; eso sí, el dinero se le entrega siempre adelantado para evitar equivocaciones.

En cambio hay que venderle todo lo que quiera comprar ; pero en este

caso no exije que sea de contado, ni siquiera á determinado plazo; él se encarga de fijarlo y no hay temor de que se cumpla.

Es preciso elogiar mucho su energía y los bienes que reportan el Gobierno y el vecindario de su autoridad.

Es indispensable beber con él siempre que se encuentre qué.

Eso sí, no hay que discutir sobre el pago.

El no permite jamas que U. deje de pagar.

Es obligatorio prestarle dinero cuando lo necesite, cosa que empieza á sucederle al recibir el nombramiento.

En este caso hay la ventaja de que no incomoda sino cuando viene á pedirlo, porque él no comete la imprudencia de volver á pagarlo.

En tiempos que yo no alcancé, la comisaría era una carga concejil que se imponia por fuerza á los ciudada-

nos: en el dia, y desde que yo hago memoria, es un empleo de lucro para el que sabe ejercerlo.

¿Pero qué mucho que lo disputen las gentes ignorantes, que creen realzarse con ese átomo de autoridad, si yo conozco pueblos, donde un puesto en el Concejo Municipal, se codicia por personas de educacion, como un premio de lotería?

Esa carga reservada, á los patriarcas en todos los pueblos de la tierra, la he visto comprada por personas para quienes debiera ser muy onerosa. Y no se crea que lo hicieran por vani dad, pues hoy no se vive de humo sino de algo muy sólido.

Ellos han encontrado el secreto de convertir en mina el árido Concejo y saben sacar de él, cuando no honra, pingüe provecho.

Gentes he conocido yo, que no han tenido mas oficio ni beneficio que ser concejales, muy gordas y rozagantes.

Verdad es que esto no sucede en todos los pueblos del pais, pero tambien es verdad que no es caso raro.

Lo peor que tiene el comisario es que, despues de saborear la autoridad, no quiere volver á la condicion de ciudadano: necesita seguir siendo *señor*.

Y no se contenta con mandar una cuadra ó un barrio; quiere estender sus dominios; está en asecho de una revuelta para subir un escalon.

Ya se cree con derecho á no tra bajar, y todos sus pensamientos se encaminan á la perpetuidad del mando.

El comisario, pues, creado para ga rantía de los ciudadanos y resguardo inmediato de sus derechos, ha venido á ser una amenaza.

Cuentan los viejos que en tiempos antiguos los comisarios fueron hasta

útiles, pero en el dia, yo creo que suprimiéndolos, dariamos un gran paso hácia la libertad y en favor del sosiego público.

Nada habremos hecho mientras tanto, con escribir códigos y consagrar derechos, ni con tener Gobiernos eminentemente liberales. El comisario nos encierra en una órbita de hierro, donde no penetra la accion de las leyes.

Pero se creerá que yo he querido pintar un país inhabitable, dado que la plaga-comisario está diseminada en toda su extension.

No es así: *mi comisario* es un tipo muy generalizado; pero entre los que ejercen este cargo, hay gran número de hombres honrados que contrastan con este por su moderacion y buena conducta.

Con esos no hablo yo, sino con los que deshonran el empleo.

Si en cada vecindario hubiera un

solo ejemplar del tipo que dejo bosquejado, habria que emigrar de Venezuela.

Hoy, basta con emigrar de barrio!

1878.

EL AÑO NUEVO.

—

De ayer á hoy no ha pasado un dia completo, y sin embargo, parece que hay un siglo de por medio....

Ayer era 1871....

Hoy, esa cifra no tiene ninguna significacion: son cuatro números grabados sobre una lápida para decir á las edades futuras:

"Aquí yacen los sucesos de 365 dias!"

Parece que ningun lazo nos ligaba á ese año: al espirar nadie le ha sen-

tido, ni siquiera porque se ha llevado consigo doce meses de nuestra existencia.

Ni una lágrima, ni una rama de ciprés han caído sobre esa lápida.... y todavía estan calientes las cenizas que cubre!

El que tal dia como hoy recibió los homenages del mundo entero: el que fué esperanza de todos: el que presidió hechos tan notables como la creacion de un grande imperio frente á la ruina de otro, más grande todavía: el que fué primera palabra de todos los tratados: el que deja, en fin, á la historia, la obligacion de inscribirlo en sus páginas inmortales, ha sucumbido, como acontece entre los hombres al que no ha de levantarse más – abandonado de todos!

La humanidad solo tiene hoy flores para regar sobre la cuna del año que nace.

Reunida á su alrededor, harta de manjares, ébria de licor, danza al son de alegres panderetas:

¡Siempre la misma miseria!

—El menosprecio para el caído: el aplauso para el que se levanta!

Los hombres reciben el año nuevo con la sonrisa en los labios y el contento en el corazon.

Es un nuevo señor que se instala y es preciso rendirle homenage.

¿Hay razon para esa alegría?

No: pero los hombres no se toman cuenta de su locura: ellos baten palmas ante el año nuevo para captarse la buena voluntad del tiempo que principia: para adular á la fortuna: acaso pretenden en su demencia cohechar á Dios, que es el supremo dispensa dor de todo bien.

Verdad es que nosotros debemos esperar que este año sea mejor que el pasado.

Muy poco trabajo le costará!

¿Qué nos ha legado 1871?

Divisiones sangrientas! rejuvenecidos los antiguos odios! triste luto! espantosa miseria!

Pero volvamos la vista á la familia universal.

Se viste de galas y prepara banquetes, para celebrar la llegada de un huésped que no ha visto nunca.

Se llena de regocijo como si el recienvenido trajera el remedio de todos sus males.

El adolescente temerario, que sueña gloria y fama y que se ve detenido por su corta edad, exclama alborozado —"Hoy tengo un año más!"

Infeliz, que cree tener lo que ha perdido.

El ignora que los años no se suman sino se descuentan:

Que tener un año más es tenerle de mênos:

Que alejarse de la cuna es acercarse al sepulcro!

Mirad aquella cándida vírgen. Cuántas esperanzas cifra en ese año que tiene por delante!

Ella ve en forma de arco iris la portada de su juventud.

¡Pobre niña!

¡Quién pudiera detener tus pasos!

Más allá de esa portada seductora hay un desengaño para cada ilusion...

El mismo año que celebras gozósa, verá correr tus lágrimas amargas!

Tierna planta, que ansía las dulces brisas de la primavera para coronarse de flores, sin saber que mas allá viene el implacable otoño que ha de llevarse hasta su última hoja....

Cuántos de los que reciben el año con la copa levantada, señalados por el dedo inflexible del Destino, no verán su último sol!

Mejor que los alegres brindis sentaria en sus labios aquella fórmula antigua:

— *Año nuevo! los que van á morir te saludan!*

¿Quién podrá contar con este año cuya aparicion nos llena de esperanzas?

Ciertamente que nadie: pero por más que se reflexione que el tiempo no nos pertenece, y que es como una cadena sin empates, engarzada misteriosamente, no podemos prescindir de hacer alto la noche del 31 de diciembre y de holgar un poco para continuar al dia siguiente el camino de la vida.

Todas las cuentas se cortan: se da nuevo giro á los negocios: se trazan planes, se hacen propósitos diferentes.

No se puede seguir la marcha sin sacudir el polvo y acomodar la carga!

¡Oh año nuevo! goza de tu efímero imperio!

Tus dias están contados!

12 meses más y ya dormirás en el olvido, al lado de 1871!

EL NOMBRE.

—

El nombre influye mucho en la suerte de los hombres y de las cosas.

Muchos hombres que no servian para nada, han debido su elevacion únicamente á su nombre.

Y muchos, con grandes aptitudes, han muerto en la oscuridad por falta de un nombre.

Yo creo que si Napoleon se hubiera llamado Presentacion, no habria pasado de tambor mayor ó de capellan de un rejimiento.

Si Bolívar se hubiera llamado José Pérez se habria quedado siendo un excelente Don Pepe, y la Independencia de Colombia no habría salido de su pensamiento.

En las mujeres hago una observacion semejante.

Una mujer puede ser coqueta, vana y todo lo que se sigue á estas flaquezas, con tal que tenga un buen nombre que la cubra.

He conocido algunas mujeres, livianas como una pluma, y que sin embargo han sido señoras de gran peso en la sociedad, por que estaban bajo el pabellon de un nombre distinguido.

Aqui cabe muy bien aquel principio de derecho internacional — *el pabellon cubre la mercancía*,—poco importa que esté averiada.

El nombre es como la fisonomía, que se adelanta á producir buenas ó malas impresiones.

La mujer mas bella perderia todos sus encantos si supiéramos que se llamaba Matea.

Empezad un billete amoroso con estas palabras:

—*Mi adorada Matea!*

Estoy seguro de que no podriais concluirlo.

Muchas gentes dicen desdeñosamente,— *eso es cuestion de nombre,* —dando á entender que el nombre no vale nada, que es una cosa muy secundaria. ¡Grave error!

El nombre es parte integrante de las cosas.

Los políticos, que son los hombres mas hábiles, han especulado mucho con los nombres.

Ellos tienen una baraja de nombres sonoros, de que se sirven segun los casos, en variadas combinaciones.

Una carta dice—*Libertad,* otras—*Derecho* — *Justicia* — *Humanidad* — *Pueblo* — *Opinion* — *Soberanía* —*Leal-*

tad — Sacrificios — Abnegacion — Patria — Porvenir.

¿ Qué es todo eso ?

— Una docena de nombres que representan otras tantas cosas imaginarias.

Pues bien, mezcladlos con unos verbos y unas preposiciones ; ponedlos en un globo ; dadle diez vueltas al manubrio ; sacadlas al acaso y ponedlas en fila.

¿ Qué teneis por delante ? leed :

— Un gran discurso político !

— ¿ Y detras ?

— Una elocuente celebridad ; un candidato para cualquier cosa.

¡ Ah ! y despues dicen que los nombres son secundarios !

Lo secundario es el hombre que nació detras de los nombres !

La revolucion francesa, no habria podido divinizar el asesinato, la impiedad y el estrago, si no hubiera es-

crito en su bandera tres nombres prestigiosos:

— *Libertad! Igualdad! Fraternidad!*

Solo el poder de la palabra *Libertad*, habria podido santificar la tiranía del Terror!

Solo en nombre de la *Igualdad* habria podido sepultarse á María Anto nieta en un ataud de 20 francos!

Solo la *Fraternidad* habria erigido en altar la guillotina para que media Francia sacrificase á la otra media!

A la sombra de esos tres nombres sublimes se han cometido, y se cometerán hasta el fin de los siglos, los más grandes escándalos.

Pero jamas se pronunciarán sin que se estremezca de entusiasmo el corazon.

Esas palabras son como flores que sobrenadan en un lago.

—Pero el lago es de sangre!

Aquí mismo, la revolucion más sangrienta y más trascendental, no necesitó las fascinacion de una idea para allegar prosélitos.

Sus caudillos salieron de los campamentos.

Le bastó un nombre, —*La Federacion!*

Ese grito sonó bien, y sin saber lo que significaba, los hombres volaron á buscar la muerte ó la victoria.

Un nombre pues, habia armado la mayoría del país y empeñádola en una lucha heróica, pero interminable, porque la minoría contaba con elementos poderosos para equilibrar el número.

Era necesario poner algo más en la balanza para decidir la contienda. ¿Qué será?

Nada mejor que otro nombre, — *los godos*!

—*Mueran los godos!* – gritaron y se hicieron superiores.

Apellidar *godo* al partido conservador, era sublevar contra él, todo el odio tradicional que el pueblo conservaba á Morales, Bóves y Antoñanzas, era restablecer la guerra á muerte: era decretar la victoria.

La revolucion triunfó, y la Federacion, que solo se habia tomado como bandera, como nombre sonoro, como grito de guerra, se estableció en el país y se ha conservado por el poder de su nombre, aún gobernando los mismos que la combatieron.

Tanto así vale un nombre prestigioso que sus mismos enemigos no se atreven á borrarlo!

En los campamentos federalistas de las selvas, *godo* era sinónimo de *ogro*, y cuando cojian un prisionero, se admiraban de que no tuviera garras.

Y aquí en Carácas, el nombre de *federal* causaba tal asombro entre algunas gentes, que cuando entraron

triunfantes, despues del tratado de Coche, los muchachos les rodeaban para ver si tenian rabo.

En prueba de la importancia del nombre, obsérvese que el maromero se llama—acróbata; el prestidigitador—artista: las botillerías—restaurants: las posadas—hoteles.

Todo tiende á mejorar su condicion, mejorando su nombre.

Las mujeres casadas abandonan el apellido paterno cuando vale ménos que el del marido, pero si vale más, cargan con los dós.

Los hombres no dejan de usar el apellido materno cuando vale más ó tanto como el paterno; pero cuando el materno quita, en lugar de añadir realce, se pasan sin él tranquilamente.

Gentes hay que cambian el de la madre por el de la abuela, cuando este es mejor.

Generalmente no hay cosa que en-

vanezca más qne haber heredado un nombre ilustre.

Eso es muy justo, sobretodo cuando no hay otro mérito.

Sin embargo, yo creo que vale más ilustrar un nombre que heredarlo.

Prefiero las cosas que cuestan trabajo.

Cualquier necio puede ser un gran heredero.

Pero ningun necio fundará jamas un patrimonio de gloria que haga de su nombre el blason de una familia.

1880.

EL TEATRO A PALOS.

Los hombres que se dedican al teatro son indudablemente muy astutos.

Ellos van enriqueciéndose de ardides con el caudal de ingenio de todos los autores que interpretan.

Así no es de extrañarse que algunos, sin talento ni habilidad, hayan encontrado el secreto de vivir tan holgadamente, como si tuviesen aquellas eminentes cualidades.

Yo voy á hablar de la funesta costumbre introducida por los malos

artistas, y arraigada ya entre nosotros, de enviar á domicilio los billetes de entrada.

Esta moda tiene dos grandes ventajas para ellos.

Primera – que se venden casi todas las localidades.

Segunda – que á pesar de venderse, casi todas las localidades quedan vacías.

De esta segunda resulta una tercera:

—No hay quien silbe – lo cual, para un mal artista, no es de echarse en saco roto.

De aquí nacen otras ventajas, como la de no tener que estudiar los papeles, la de estar muy despejados en la escena, principiar á media pieza y terminar cuando quieren.

Pero todas estas comodidades son hijas del nuevo modo de expender las localidades, que se me antoja llamar – *á palos* – sin cuyo producto,

no habria funciones ni artistas malos.

Vamos al asunto.

Llega una de esas *malas compañías*, de quienes nos manda huir el apóstol, tan encarecidamente.

Toma posesion del teatro, y comienza por abrir un abono de la manera más pomposa que puede abrirse lo que jamas podrá cerrarse.

En un pueblo como este, frio de suyo y escarmentado con tantos chascos ¿quién ha de suscribirse?

—Cero más cero, igual al mérito de la compañía.

En vista de este desaire la compañía se reune con todos sus allegados, y para vengarse del público, despues de un corto debate; por unanimidad de votos.

DECRETA.

1° Que se obligue al público á sostener las necesidades de la compañía

con el valor de las localidades, pudiendo cada cual, quedarse en su casa, á ménos que prefiera concurrir al teatro.

2° Que se obtenga el censo de la poblacion, y se remita á cada ciudadano palco ó luneta en proporcion de su familia.

3° Que se ponga la nota de *Indecente* á todo el que se excuse de pagar la contribucion, aun cuando tenga causa legítima.

4° Que se redacte una circular para acompañarla á los billetes, elogiando el reconocido gusto por las bellas artes de todo el que la lea.

5° Que no se designe persona ni local para recibir los billetes devueltos.

6° El agente de la compañía queda encargado de la mas estricta ejecucion de lo determinado.

Este dereto, que no lo habria dado mas terrible Neron cuando la dió por

hacerce aplaudir en el proscenio, se cumple al pié de la letra.

Tú, por supuesto, mi querido lector, como yo y cualquiera otro vecino, te encuentras en el censo de la ciudad, y por ese solo delito, te remiten tu luneta, si eres solo, ó tu palco, si tienes una familia á quien sostener.

Ya estás en posesion de tu luneta ó palco.

Ahora te quiero ver discurrir con el decreto por delante, cuyo primer artículo te pone entre la espada y la pared.

—O te quedas durmiendo tranquilamente en tu cama y pagas la contribucion;

O la pagas y sufres ademas la pena de asistir á la funcion.

No te satisface ninguno de los dos términos, pues que no dejan campo para eludir el pago, y sigues leyendo el tercer artículo.

Este te coloca entre Lucas y el Jobo.

O pagas lo que no debes, cuando tal vez no puedes pagar lo que debes, ó no pagas y te califican de *indecente.*

Tu necio orgullo nacional no puede soportar tamaña afrenta!

Qué haces?—Dudas, reniegas, pero al fin, pagas y no vas, como quien se redime de la cárcel entregando una multa.

Pagar y asistir á la funcion seria pagar dos veces.

El dilema en que nos colocan las malas compañías es terrible!

Semejante sistema no puede seguirse por una compañía que tenga fé en su mérito.

El solo hecho de remitir las localidades, da una idea cabal de la poca habilidad de los artistas.

El que confia en que merece ser visto, espera que le busquen.

Cuando una compañía bien aceptada, remite un palco á una familia que lo tenia siempre, con el fin de ase-

gurarle su entrada en una funcion de novedad en que habrá mucha concurrencia, le hace un verdadero obsequio.

Eso está en el órden, pero no debe relajarse hasta el punto de que vengan Juan de la Encina ó la Chivatti á temer que nos quedemos sin palco cuando no hay quien quiera oirlos de balde.

Y puesto que un clavo saca otro clavo y una moda destierra otra, es necesario establecer la costumbre de no admitir localidades que no pidamos y poner la nota de *mala* á toda compañía que quiera venderlos *á palòs*.

Sin embargo, es muy bien admitido aquí y en cualquier parte, que se distribuyan los billetes, cuando el producto de una funcion se destina á una obra pía ó de utilidad pública, porque nadie contribuye con disgusto, y mas bien agradece que

se cuente con su cooperacion para una buena obra.

No me refiero á ninguna compañía ni á ningun artista al escribir este artículo.

Aficionado á escribir sobre costumbres, solo tengo presentes los abusos, y dedico mis escasas fuerzas á corregirlos, siempre con la mira de ser útil á la sociedad en que vivo, jamas con la intencion de ofender ni de perjudicar á nadie.

1880.



PESADILLA.

—

Despues de uno de esos dias aciagos, en que todo conspira á ponernos de relieve la corrupcion de la época, y toda la hez que hay en el fondo del corazon humano, no parecerá extraño que mi espíritu abatido y mi cerebro calenturiento, no me permitieran conciliar un sueño tranquilo.

En vano apelaba á los recuerdos agradables, y me fijaba en aquello que es bálsamo de todas las heridas y manantial, siempre fresco, de alegrías para mi corazon—los séres queridos de mi hogar!

Seguian chocándose en mi pensamiento las mil ideas que me atormentaban, tristes unas, amargas otras, desesperantes las más.

Yo no sé si estaba dormido ó despierto en mi sillon de estudio, pero yo he visto pasar ante mis ojos una multitud de sombras, que representaban las ideas que me habian dominado en el dia.

Pasó primero *la Verdad.*

Era una criatura bella, con formas de mujer y vestiduras de arcángel: tenia alas y diadema.

Dejaba ver en la magestad de su figura que no era hija de los hombres.

La llevaban maniatada, de pié sobre un carro, tirado por leones, que rujian volviendo hácia ella la cabeza

La escoltaba una muchedumbre inmensa, en que lucian trajes de todos los pueblos de la tierra.

En las primeras filas iban reyes, magistrados, guerreros, tribunos y mujeres que revelaban distincion en su compostura.

Despues seguian gentes de todos los gremios sociales.

Cada uno arrojaba sobre la prisionera el lodo que encontraba á su paso, y *la Verdad* volvia la mirada tranquila, como si aquellos ultrajes fuesen más bien una ovacion.

En medio de la multitud iban grupos de niños y de gentes sencillas que marchaban tristes, sin comprender el objeto de aquella que parecia fiesta infernal.

La Verdad, dirigia algunas veces una mirada compasiva á aquellos grupos inocentes y hacía ademan de hablarles, pero los reyes y los mandarines hacian redoblar los tambores; y los rufianes, y los aduladores, y las mujeres prostituidas por el oro de los amos de

la tierra, vociferaban y maldecian para ahogar la voz de *la Verdad*.

Entónces cruzaba por su faz divina una sombra de las tristezas de la tierra, y dos lágrimas rodaban de sus ojos.

—¿A dónde la llevan? —pregunté compadecido, á uno que iba y venia, agitando una bandera negra con manchas de sangre, y que sublevaba las pasiones con discursos envenenados, y ensañaba el ódio con gritos de muerte y de exterminio.

—A la roca mas escarpada, al abismo mas profundo para arrojar á esta hipócrita y mordaz – me contestó, y brillaron sus ojos como dos brasas del infierno y crujieron sus dientes agudos y separados como los del chacal.

Insensatos! exclamé en mi interior, en vano pretendeis huir de su mirada severa y de sus juicios infalibles! La verdad no perece nunca: desde la

más profunda sima se alzará su voz hasta el cielo para condenar vuestras iniquidades! Podeis engañar á los hombres, pero jamas á Dios: ni siquiera á vosotros mismos, porque dentro de vosotros ha creado Dios un tribunal donde constantemente oís la voz de la verdad! ¿Dónde hallareis un abismo bastante profundo para ahogar vuestra conciencia?

La Verdad siguió con su escolta de verdugos..

Un silencio profundo sucede á la algazara de aquella muchedumbre.

Todas las miradas se fijan hácia el Oriente, donde aparece una carretela de oro, tirada por veinte caballos que devoran el espacio y levantan una nube de polvo.

Los penachos y el brillo de los arneses deslumbran como el sol.

Sirve de auriga *la Fama* que trae

en una mano las riendas y en otra su clarin.

De pié sobre aquel carro triunfal, entre flámulas y gallardetes multicolores, aparece *la Mentira*, coronada de piedras preciosas; la faz riente; como rosas las mejillas; sueltos en largos rizos los abundosos cabellos y el seno descubierto como una bacante.

En una mano agitaba una banderola, y con la otra arrojaba flores artificiales de un cesto inagotable que tenia á su lado.

Un hurra estruendoroso resuena en el espacio al penetrar entre la multitud: el eco se dilata prolongándose hasta llegar á los confines de la tierra: y todas las manos se agitan en señal de alegría.

La carretela hace alto y la muchedumbre se arrodilla.

Una tropa de sátiros medio desnu-

dos, coronados de yedra, danzan alrededor del carro, al son de alegres panderetas. Ofrendas sin número son depositadas á los piés de aquel ídolo del siglo.

Despues de estas ceremonias, *la Mentira*, agita su banderola en torno de la multitud; los caballos relinchan y parten como rayos entre una lluvia de flores que brota de todas las manos.

Un nuevo víctor retumba en los aires miéntras se pierde en el horizonte la carretela deslumbrante.

La multitud quedó en silencio, como extasiada. Solo en un pequeño grupo que habia permanecido de pié, miéntras los otros se arrodillaron, oí resonar una maldicion.

Despues pasó *la Ingratitud* en puntillas, callada, sin séquito ninguno, cubierta con un ropage pardo y el rostro vuelto hácia un lado como para que no la conociesen.

Inútil disfraz! tanto me ha hecho sufrir, que la conoceria hasta por el ruido de sus pasos cautelosos!

Seguia despues *la Buena Fe.*

Iba entre un ataud, muerta; una túnica, blanca como el armiño, la servia de mortaja.

Sostenian el ataud cuatro hombres de figura distinguida que marchaban risueños y con paso firme.

Detras del féretro seguia un grupo de vírgenes pálidas y llorosas, coronadas de azucenas y rosas marchitas.

Cada una á su turno, arrojaba una flor de su corona entre el ataud: al contacto de aquella flor, el cadáver se extremecia como galvanizado y entreabria los ojos y la boca; pero al instante los labios se juntaban desdeñosos y los párpados caían con la pesantez de la muerte.

Allí no habia esperanza!....

Despues pasó *la Miseria.*

Era una vieja sorda, descarnada y pálida, nariz aguda, ojos juntos y consumidos, cabeza pequeña, cuello largo y recto.

Sus brazos, como las barras de una tenaza, sostenian una cornucopia, que arrojaba cáscaras secas, huesos, pedazos de hierro enmohecidos y cigarros apagados.

La seguian varios cortesanos, parecidos á los avaros que conozco: iban recojiendo todo lo que salia de la cornucopia y guardándolo cautelosamente para que los otros no se apercibiesen.

A los lados de la ruta se habian situado algunos ciegos, ancianos valetudinarios y niños huérfanos con hambre y frio, que extendian los brazos y pedian una limosna por amor de Dios.

La Miseria, como era sorda, no los escuchaba, y los avaros se miraban

unos á otros y se reian, y despreciaban aquel clamor que partia el alma, y seguian recojiendo el tesoro que brotaba de la cornucopia.....

Detras venia el *Desencanto.*

Se veia, como dibujada en un lienzo, la figura de un hombre sentado en un sillon; pálido el rostro, sin brillo los ojos, circundados de ojeras negras y sulcos como de llanto: la boca contraida con un gesto de resignacion, pero al mismo tiempo de inconformidad: los brazos cruzados y la mirada fija en el cielo, como quien, perdido en todos los rumbos de la tierra, solo espera en la divina justicia.

Al aproximarse el lienzo reconozco mi propia imágen, y un grito de terror se escapa de mi pecho! Despierto lleno de angustia, me veo delante del espejo y comprendo que soi vícma de una pesadilla espantosa.

1878.

INDICE.

—

